



Paternidades interpeladas

Preguntas y recorridos de la función paterna
bajo una mirada disidente y feminista

Autorías

Martín Azcurra | Ariel Dorfman | Débora Imhoff | Santiago Merlo



Paternidades interpeladas

Preguntas y recorridos de la función paterna
bajo una mirada disidente y feminista

Coordinación

Débora Imhoff y Martín Azcurra

Paternidades interpeladas

Preguntas y recorridos de la función paterna bajo una mirada disidente y feminista

Por Martín Azcurra, Ariel Dorfman, Débora Imhoff y Santiago Merlo

Paternidades interpeladas / Débora Imhoff... [et al.]- 1a ed.-
Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Editorial Chirimbote, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8432-20-5

1. Paternidad. I. Imhoff, Débora.
CDD 305.32

Diseño: Martín Azcurra

Las imágenes contenidas en este libro fueron publicadas a modo de cita con fines educativos.



Este trabajo está autorizado bajo licencia internacional de Creative Commons: Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0

[Más información](#)

Adhieren:



Autoridades

Facultad de Psicología - UNC

Decana

Mgtr. Patricia Altamirano

Vicedecano

Dr. Raúl Gómez

Universidad Nacional de Córdoba

Rector

Dr. Hugo Oscar Juri

Vicerrector

Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

Índice

Prólogo - Multiplicar miradas complejas sobre la paternidad	7
Parte I - Paternidades Libres	10
Intervenciones en el marco del Conversatorio "PATERNIDADES LIBRES (amorosas, diversas, no-machistas, contra-hegemónicas)". Agosto de 2020.	
Paternar(nos). Ariel Dorfman	11
Paternidad y privilegios. Martín Azcurra	18
Paternidades trans: desde dónde venimos y hacia dónde vamos. Reivindicaciones y Horizontes. Santiago Merlo	23
Parte II - Incomodidades	31
Paternidades interpeladas por la mirada feminista	
En el nombre del padre. Martín Azcurra	32
Paternidad(es) y feminismos. Una invitación a pensar(nos) colectivamente. Débora Imhoff	49
15 semanas. Santiago Merlo	68

Multiplicar miradas complejas sobre la paternidad

En diciembre de 2018 se creó en la Facultad de Psicología la Prosecretaría de Género, Diversidad y Feminismos, el primer espacio de estas características y con rango institucional en el conjunto de facultades de la Universidad Nacional de Córdoba. Desde dicho espacio buscamos generar diversas actividades que permitan **transversalizar la perspectiva de género** en las distintas instancias formativas y carreras de la Facultad, y también en las rutinas y dispositivos institucionales. Una tarea sin dudas desafiante, a la cual se sumó el interés por **prevenir e intervenir sobre situaciones de violencia de género** en nuestra comunidad educativa. Además, y desde la convicción del importante rol que la **universidad pública** posee en la sociedad, procedimos a generar actividades que promuevan un encuentro de saberes académicos y extra-universitarios, orientadas a colaborar en el debate público de distintas temáticas y problemáticas desde una mirada **feminista**.

En esta última línea de acción se inscribe el material que hoy te presentamos, y que busca convidar reflexiones respecto de la **construcción de paternidades**, y su articulación con las diversas formas de vivir la **masculinidad**. Estos escritos presentan discusiones centrales en torno a la experiencia de paternar desde una **mirada (trans)feminista**, recuperando para ello aportes del campo de la **Psicología**, los **estudios de género**, así como la **experiencia de activistas** de diversas organizaciones sociales. Reconocemos, así, que el saber no se construye ni reside en un único lugar social, y por eso la publicación busca tender puentes entre el conocimiento generado en el seno de la universidad pública en torno a este tema con aquéllos provenientes de organizaciones sociales. Por ello, se busca acercar a la ciudadanía un producto que cristaliza la **responsabilidad social de la universidad pública** con temáticas de amplia relevancia, y a partir de la generación de conocimientos

en un decidido diálogo academia/sociedad, que valoriza la función social de la UNC y el necesario trabajo mancomunado con organizaciones de la sociedad civil.

La paternidad es un **hecho social**, y en tanto tal se encuentra atravesada por múltiples dimensiones que dan forma a la época en la cual se inscribe. Sabemos que no es un hecho biológico ni natural, aunque ello constituya uno de los atravesamientos imposibles de ignorar al momento de pensar el fenómeno. Es, por tanto, a la vez del orden de lo universal y de lo particular, y en ese interjuego se construyen las experiencias **singulares** de las personas que atraviesan la paternidad.

Este material pretende echar luz sobre este fenómeno, efectuando una revisión crítica de las características que adquiere la paternidad dominante en nuestro tiempo histórico, su articulación con la masculinidad hegemónica y la innegable realidad de la emergencia de nuevas configuraciones identitarias en torno a la experiencia de paternar. Respecto de este último aspecto, recuperamos de forma central el debate en torno a paternidades **“libres”, contra-hegemónicas**, gestadas al margen –o en clara interpelación– de los **mandatos dominantes**.

Se trata de un fenómeno de relativa menor pregnancia en el campo de indagaciones científicas y reflexiones disciplinares, en tanto fue siempre la maternidad la experiencia social más abordada y estudiada en el campo de las ciencias sociales y humanas. En función de ello, la publicación recupera algunos debates del campo académico pero en franco diálogo con las **experiencias subjetivas** de quienes escriben, y con las problematizaciones que sobre las paternidades se efectúan desde el campo de los **activismos** y de los **(trans)feminismos**. Así, pasan a primer plano las **experiencias biográficas, políticas y académicas** de lxs autorxs.

Vale destacar que el primer momento de construcción de estas reflexiones que hoy compartimos aquí sucedió en agosto de 2020, cuando desde la Prosecretaría organizamos un conversatorio titulado “PATERNIDADES LIBRES (amorosas, diversas, no-machistas, contra-hegemónicas)”. Participaron como invitadxs a dicha conversación las tres personas que hoy prestan sus voces para compartir reflexiones en este material: Ariel Dorfman; Martín Azcurra y Santiago Merlo. En aquella actividad, se inscribieron 459 personas

tanto de la comunidad universitaria como extra-universitaria, de las cuales 213 participaron de forma sincrónica del conversatorio. El encuentro quedó grabado ([disponible en youtube](#)) y fue visionado hasta el momento por más de 1300 personas. Esto denota el interés por el abordaje de esta temática, y la necesidad de generar instancias que permitan problematizar aspectos nodales de la construcción hegemónica sobre las formas del paternar.

Como en otras ocasiones, la publicación de este material ha contado con el invaluable acompañamiento de la Oficina de Conocimiento Abierto de la UNC, a través de la responsable del área, Alejandra Nardi, y de Mario Pizzi. También contó con el apoyo económico de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNC. Y quisiera subrayar que fue posible gracias a la participación comprometida, solidaria, creativa y crítica de Santiago, Ariel y Martín, quienes se sumaron a la aventura de reflexionar de forma conjunta sobre ese desafío subjetivo y social tan relevante que es acompañar a nuestrxs hijxs en su crecimiento.

Desde la Prosecretaría de Género, Diversidad y Feminismos de la Facultad de Psicología de la UNC estamos convencidas de que es posible construir un orden de relaciones humanas libre de machismo y de los mandatos de masculinidad que tanto ponen a sufrir a niñas, mujeres, disidencias y –también– a los propios varones. **Necesitamos avanzar colectivamente hacia un horizonte de equidad de género que permita establecer relaciones justas, solidarias y amorosas entre las personas, sobre todo, entre padres e hijxs.** Creemos firmemente que materiales como éste otorgan insumos para avanzar en esa línea.

Les deseo una buena lectura, y espero que el material genere más preguntas que respuestas...

Dra. Débora Imhoff
Prosecretaria de Género, Diversidad y Feminismos
Facultad de Psicología
UNC



Parte I

Paternidades Libres

Intervenciones en el marco del Conversatorio "PATERNIDADES LIBRES (amorosas, diversas, no-machistas, contra-hegemónicas)"

Agosto de 2020

Paternar(nos)¹

Ariel Dorfman²

Quiero comenzar este texto, agradeciendo la invitación al diálogo y al encuentro. La verdad es que no abundan estos espacios donde poder repensarnos, socializar prácticas y compartir también miedos, angustias y dificultades. De hecho, una parte importante de la forma en la cual nos socializamos los varones, tiene que ver justamente con no conversar entre nosotros sobre las cosas que nos pasan, lo que sentimos, los desafíos a los cuales nos enfrentamos en nuestro fuero más íntimo. Así que un espacio como éste, cuidado, y que nos permite el encuentro y la conversación, es una experiencia sumamente valiosa.

Cuando pienso en mi forma de paternar, en el tipo de paternidad que estamos intentando comenzar a construir algunos varones, lo primero que se me viene a la cabeza es que no hay un plan, no hay un camino anterior al nuestro, no hay un sendero previo al que estamos ensayando, y la verdad es que es un camino riesgoso. Ésa es una primera toma de conciencia fundamental, darnos cuenta de que estamos ensayando una forma de criar que es radicalmente distinta a la manera en la cual fuimos criados. Es decir, no hay ningún modelo posible a seguir, porque muchos de nosotros, los de mi generación, fuimos educados desde la lógica del machismo, de la potencia, de la valentía. En ese marco cultural, en esa manera en la cual fuimos criados, había incluso expectativas bien específicas sobre los roles que conciernen a los papás, y eso marcó qué era lo que se esperaba de nosotros. Y ante esa expectativa, había veces en las que uno llenaba esos casilleros, cumplía con lo esperado, y había otras veces en que uno no los llenaba. Incluso, había ocasiones en que no los queríamos llenar.

1. Texto escrito el 21 de agosto de 2020.

2. Presidente de la Fundación Encontrarse en la Diversidad. Co autor del libro “Cómo criar hijxs no machistas”. Militante de la diversidad humana. Padre de 4 hijxs. Contacto: ariel.dorfman@enladiversidad.org.ar

Cuando más o menos tomé conciencia de esto en lo personal, me pasó algo muy fuerte: caí en la cuenta de que “bueno, seguro me voy a mandar una cagada”. Cuando comprendí que seguramente me iba a equivocar como criante, y que eso me iba a pasar cualquiera sea la manera en la cual yo decidiera educar, entonces me entregué a la experiencia de probar hacerlo de una manera nueva. Si igualmente me voy a equivocar, decidí hacerlo cometiendo errores distintos a los que venían repitiéndose históricamente, y ver si de esa forma podía abonar y aportar mi granito de arena para construir una sociedad más justa. Sí, ya sé, parece que estoy volando re alto, pero lo cierto es que las sociedades se construyen en un montón de lugares, le damos forma a la sociedad desde las pequeñas y las grandes acciones que elegimos desarrollar en nuestra vida cotidiana. Ello implica reconocer que se educa en la cancha, en el cine, en la familia, en la escuela; se aprende y se enseña en esos lugares. Entonces, en ese espacio tan primario como es el de la familia, nos encontramos con una primera posibilidad de que las cosas puedan ser de otra manera. Para mí, eso significó entender que llorar es una emoción humana, que ser valiente es posibilidad para todas las personas y no una exclusividad de los varones, y que un mundo más justo es ése en el que cada quien pueda ser lo que es, y no otra cosa. Me parece que eso está buenísimo y es un desafío ante todo para uno mismo.

Tengo cuatro hijos, que tienen edades bien distintas. Tengo un hijo de 23, una hija de 19, un hijo de 11 y una hija de 6. Tengo el desafío de que cada uno de mis hijos e hijas transita terrenos y niveles educativos bien distintos. Me miro como criante, y reconozco que he cambiado, y que la crianza implicaba un desafío muy distinto como padre hace 20 años respecto a los desafíos que me supone en la actualidad. Claramente no soy la misma persona que hace 20 años –creo que nadie es la misma persona que el día anterior–, y entiendo que hay un cambio muy palpable en la sociedad y que eso me trasciende. Es un cambio de paradigma enorme, donde estas cosas que estamos conversando ahora ya no son excepciones, sino que empezamos a encontrar –no sé todavía si de forma mayoritaria– otras formas de administrar las responsabilidades en las familias. ¿A qué me refiero? A que todavía siguen siendo muchas más las mujeres que van a buscar a los chicos a la salida de la escuela o que se encargan de participar de las reuniones y ayudar con las tareas, pero que ya comenzamos a ser cada vez más los varones que también nos involucramos en esas actividades.

En las formas tradicionales de crianza aparecen algunas ideas que es importante que podamos revisar colectivamente. Históricamente, nos han enseñado que tenemos que pensar en lógicas de supervivencia, de adaptabilidad y en responsabilidades individuales. Las lógicas individualistas vinculadas a ver cómo me salvo yo, y cómo salvo a los míos. Me parece que estos tiempos, que los entiendo como tiempos feministas, nos interpelan a pensarnos de manera mucho más colectiva. Por eso me parece interesante que en este material que estás leyendo ahora, te encuentres con varias voces, que no haya una sola idea para repensarnos en nuestros roles, que tengamos herramientas para pensar desde la complejidad y la pluralidad.

Me gusta pensar cómo trasladamos esa complejidad y pluralidad a la relación con nuestros hijos, hijas, hijes. Cómo hacemos para estimularles a que puedan probar y equivocarse, a que todo el abanico de opciones pueda estar presente para ellos. Cómo hacemos para transmitirles que claramente esas elecciones en libertad muchas veces pueden tener un costo, dado que todavía vivimos en una sociedad donde la identidad se construye a partir de un otro que es presentado como un antagonista, como un enemigo (por supuesto que hay muchísimas experiencias que se alejan de estas formas, muchos contra-ejemplos).

Me parece que el gran desafío que tenemos es poder transmitirles a nuestros hijos e hijas que estas identidades libres no tienen que sólo resumirse –ni más ni menos, ¿no?– a las cuestiones de género, sino que tenemos que pensar en la amplitud de la diversidad de la condición humana. Cuando digo eso, es entendernos en distintas perspectivas culturales, en distintos saberes, entender que no hay idiomas que valen más que otros, que no hay afectos que valen más que otros. Poder encontrar en esa mirada una oportunidad para revisar nuestra propia historia, en virtud de los racismos, discriminaciones, acosos escolares, sociales y culturales que hemos sufrido y ver qué hacemos con eso. Hacernos cargo no es hacer como que eso no pasó, sino mirarlo reflexivamente y repensar en qué lugar estuvimos en esas situaciones. Y también comprender que claramente no arrancamos todos, todas y todes del mismo punto de partida.

Pensar la paternidad desde estas otras miradas, también nos da la posibilidad a nosotros los varones de un poco más de descanso respecto de las presiones a las que nos someten algunos modelos hegemónicos, de poder

recostarnos un poco en nuestros compañeros, en nuestras compañeras, en nuestras parejas. De poder construir en conjunto, de abonar una corresponsabilidad. Incluso cuando estamos criando solos (que también es una posibilidad), pensar cómo gestionar las responsabilidades desde otro lugar. A mí también me tocó en algún tiempo de mi vida criar solo (por momentos de la semana ¿no?), y ahí uno se da cuenta de que la crianza real implica todas las responsabilidades. Lo mismo que cuando uno vive solo.

Por distintas razones pedagógicas, me tocó muchas veces trabajar con personas del ámbito educativo, y recuerdo siempre la fantasía y los temores que algunas personas sentían cuando algún niño agarraba una escoba, o se ponía a jugar con algún elemento considerado “femenino”. Recuerdo que en estas instancias pedagógicas, la demanda que se articulaba con relación a esas situaciones era: “bueno, qué hacemos con esta situación”. Aparecía ahí la noción de un problema, de algo grave a tener que resolver, y un “temor” de que esas prácticas “conduzcan” a la homosexualidad. Me recuerdo planteando en esos momentos que ninguna opción sexo-afectiva sería un problema, un problema sería no acompañar ni respetar esas opciones. Pero además, me acuerdo de que yo ponía el énfasis en el hecho de que ese niño está pensando en una solución, va a vivir solo en algún momento, se va a ir de la casa familiar, y va a tener que limpiar su casa, y ya está practicando. Él ya está empezando a tener herramientas para la independencia. Y justamente, el rol de un/a criante es ése, convertirse en un medio para poder crear hijos e hijas independientes, que se puedan valer por sí mismos/as en la vida, que puedan tener la mayor cantidad de herramientas para poder vivir, para buscar un sentido a sus existencias, para poder convivir con otros, para poder vivir plenamente con ellos, ellas, y ellos. De eso se trata un poco la crianza, de poder dar herramientas para vivir en una vida tan compleja y difícil como la que nos toca.

Claramente, me pasaron un montón de cosas en mi historia para poder tomar estas decisiones, e intentar construir mi paternidad desde esta mirada. Yo he sufrido el machismo a lo largo de mi vida de muchas maneras y en muchas instancias. Sin dudas, una de ellas se vincula con el hecho de haberme alejado de algunos mandatos de masculinidad. Prefería resolver las tensiones en mi infancia de otra manera, y no a través de la violencia, y cuando las resolvía lo hacía muy mal, entonces eso no ayudaba para nada. Así que

ahí me encontraba atrapado en situaciones que terminaban reforzando el estereotipo de que el varón violento es el varón exitoso.

Así vamos por la vida, tratando de ver qué hacer con los modelos de masculinidad que tenemos disponibles. En mi caso, un primer modelo vino de mi papá. Mi viejo no era un tipo de lo más tradicional como padre. Se alejaba del modelo tradicional de padre proveedor, y era muy criticado en ese sentido, incluso en mi propia casa. Yo recuerdo perfectamente lo frustrado que se sentía él cuando no llegaba con la guita que hacía falta en mi casa. Y yo creo que de ahí sin dudas tomé un modelo. Uno muchas veces piensa que los modelos sólo salen de las buenas prácticas, y me parece que también salen a veces del dolor, de la frustración, de la angustia. Yo lo veía muy triste a mi viejo cuando no llegaba a esas expectativas económicas, que no eran muy grandes. Vengo de una clase muy trabajadora, muy humilde, nadie fue propietario por ejemplo en mi familia, hace poco tiempo que yo tuve la suerte de ser el primer propietario con un crédito que todavía estoy pagando. Hay algo de la expectativa sobre los varones que se vincula a la clase social, al atravesamiento de clase en estos temas, que no es menor: aparece con fuerza la demanda –sobre todo en los sectores populares– de que los varones sean los proveedores. Entonces eso te da un sentido en el mundo, y cuando ese sentido falla, vos estás totalmente deslucido como ser. Eso te entristece, te oscurece, como le pasaba a mi viejo. Pero por otro lado, mi viejo era un tipo muy sensible, y cuando me veía contento yo veía que se le ponían lágrimas en sus ojos y me decía que estaba muy feliz de verme contento, y eso lo hacía llorar, y yo dije “eso está buenísimo”. En ese sentido, me abracé a esos dos planos, a esos dos modelos que me brindaba mi padre. Después, tuve la suerte de tener amigos mucho más grandes que yo, que me han mostrado un montón de modelos alternativos, y muchísimas mujeres que también me han ayudado a ver otros modelos.

Y ahí voy... a veces la cosa funciona, a veces no. A veces logramos, en la crianza compartida, ponernos de acuerdo cada tanto. Entonces, con ese cada tanto que nos ponemos de acuerdo en cómo dividimos las cosas, la economía, las responsabilidades, bueno, uno encuentra ciertos lugares y prácticas de crianza que lo contienen. Yo quiero que mis hijos, mis hijas, y todas las personas, puedan estar cómodas en ese sentido.

Hay un monologuista muy conocido que se llama Fernando Sanjiao, que tiene un monólogo que se titula “Hombre”, y ahí él dice algo que a mí me resulta muy interesante. Él dice: “estoy harto de ser hombre, ahora quiero ser feliz”. Yo también quiero ser feliz, y por eso me pregunto sobre la forma en la cual soy padre, y sobre qué hago con las responsabilidades y las expectativas que se depositan sobre mi figura. Y cuando me pregunto, me voy encontrando con otros modelos, veo a mis pares y voy descubriendo otras formas. Empezás a ver entre la gente que tenés alrededor personas que se atreven, gente que se resiste, gente que no sigue la huella. También quiero decir que a veces tiene sus costos esto de resistirse a ciertas lógicas de la masculinidad hegemónica. Por ejemplo, no abonar las dinámicas machistas de los chats de los papás tiene costos. Decir que un chat escolar no puede ser un canal de porno tiene un costo. Insisto: tiene un costo, te terminás quedando afuera. Y ahí te agarra la duda, porque también sentís que querés estar ahí porque es importante para tus hijos... Pero bueno, como todas las cosas, es un delicadísimo equilibrio. Afortunadamente, cada vez te encontrarás más pares que te empiezan a decir “yo también estoy de acuerdo en lo que vos decís”. Pero todavía en voz baja. Todavía los varones tenemos una lógica de cofradía, donde tenemos que mostrarnos duros y machos.

No quiero cerrar estas reflexiones sin subrayar que los varones tenemos que repensar las formas en las cuales vamos a resolver nuestros conflictos entre pares. En general, (y lo voy a decir así aunque suene disruptivo), los varones todavía en muchos casos queremos ver quién la tiene más larga. Todavía queremos resolver así las cosas. Y más larga puede ser intelectualmente, más larga puede ser a las piñas, puede ser mostrando un pergamino ... Me parece que eso no es lo importante, qué importa lo que cada uno tenga, que cada uno lo administre de la manera en la cual lo haga feliz, en todos los sentidos simbólicos. Necesitamos vivir plenamente, y entender que los problemas se pueden resolver de otra manera, sin violencia, sin competencia, y que podemos convivir de una manera mucho más dulce, y mucho más sana.

Es preciso entender que en el espacio del sinsentido que termina siendo la vida (en el fondo, no sé si estamos seguros si sabemos por qué estamos acá), en semejante angustia, encontrar un abrazo y un beso, me parece que es muchísimo mejor que una piña o un tiro. Me parece que es por ahí, vamos por acá, y no tengamos miedo... No tengamos miedo de abrazarnos, de

ser sensibles. Si nuestras hijas son valientes y se quieren parar de manos, las apoyemos, porque está buenísimo pararse de manos simbólicamente. Pero nos hagamos cargo de lo que implica que nuestras hijas encuentren su autoestima, su autonomía y su emancipación en un mundo tan violento y machista como el que hemos construido. La violencia es machista, y los varones tenemos que poder revisarnos para avanzar hacia masculinidades que abandonen la violencia como norma. Es tarea de todos.

Paternidad y privilegios

Martín Azcurra¹

Para empezar tengo que pararme en un lugar, en mi lugar. Quiero hablar de las paternidades de un varón hetero-CIS, porque hay otras paternidades. Y porque me parece importante poder ponernos en un lugar para poder hablar.

La deconstrucción que estamos empezando a intentar probar los varones hetero-CIS que somos padres tiene que ver con una especie de rebote de un montón de otras cuestiones que nos estuvieron pasando en las últimas décadas, por lo menos 30 años, que tiene que ver en primer lugar con un cambio de paradigma con respecto a la niñez. Nosotros habíamos aprendido otro tipo de relación con la niñez, casi de no-relación. Pero este cambio nos hizo re-aprender a los golpes también; porque no nos olvidemos de que el padre hetero-CIS es el poder absoluto: sobre esa figura se levanta el régimen heteropatriarcal, con todo el adultocentrismo concentrado que eso conlleva. Y para deconstruirnos tenemos que sacarnos varias capas de encima. Una de las primeras fue pensarnos como otro tipo de adultos, distintos.

Y el otro paradigma que nos interpeló fue el feminismo, o los feminismos, que nos cuestionaron, nos pusieron contra la pared, y nos hicieron repensarnos (más allá de las particularidades y de que algunas masculinidades se empezaron a cuestionar desde antes). Ni hablar de todos los movimientos de los colectivos LGBT que también empezaron a poner en cuestión la heteronorma. Nosotros recibimos todo eso, y entonces tímidamente ahora estamos diciendo que nos queremos deconstruir... porque obviamente nos hace mal.

Por otra parte, generamos y reproducimos las peores violencias (muy visibles o casi imperceptibles a los ojos del sentido común que producimos a

1. Integrante del grupo Varones Recalculando y de la Red de Espacios de Masculinidades de Argentina (REMA). Papá de Ramiro. También es parte de la cooperativa editorial Chirimbote.

nuestro favor), en el sentido de que hacemos uso de nuestros privilegios por todas esas características. El cambio de paradigmas que se produjo en las últimas décadas hizo visible TODAS las violencias. Ya no podemos hacernos los sorprendidos.

El privilegio de no ocuparnos de la crianza genera una violencia hacia la mujer, porque le quita libertades, la humilla, la hace depender económicamente y la somete a un control absoluto del padre, la familia y la sociedad toda. Y la última víctima de esas violencias... son nuestros hijos (las niñas más que los niños, pero también), que ni siquiera pueden opinar sobre su propia educación.

Otro factor que creo que nos ha influido bastante es el cambio en el rol del Estado durante la historia. A mediados del siglo pasado, el Estado se fue haciendo cada vez más fuerte, lo que le sacó al varón cierta responsabilidad en la protección del resto de la familia, y eso nos quitó masculinidad, que estaba basada sobre los pilares de ese mandato. El Estado moderno ya tiene un montón de beneficios sociales, como asistencia social a la niñez y un montón de cosas que, cuando nació el patriarcado, no existía. Todo eso ha hecho que cambiara completamente el paradigma de la paternidad. Es decir que son muchas las cosas que hay que tener en cuenta en las últimas décadas, que nos hicieron repensarnos... Nosotros somos cabeza dura, como buen varón, tardamos como 50 años en empezar a repensarnos. Porque quienes pudimos autocuestionarnos, muy posiblemente, hemos tenido cerca mujeres que nos han enseñado otra forma de ser y tal vez algunos padres un poco menos duros. Las infancias también nos fueron enseñando. Pero no podemos olvidar todos estos factores históricos, que nos hicieron ir cambiando la perspectiva.

Pero el padre se constituye como tal en la relación con su hijo, por eso es tan importante tener en cuenta el régimen adultocéntrico en la construcción de masculinidad. En mi caso particular, mi hijo me dio una de las lecciones más grandes de mi vida: todo el tiempo, desde chiquito, me decía que no hay que mentir, y yo trataba de explicarle que "bueno, hay mentiras que son necesarias", o sea la explicación adulta siempre... complejizando y justificando todo... En cambio, él venía con mucha seguridad sobre la necesidad de sostener la verdad, porque pensamos que a las infancias les mentimos u ocultamos cosas todo el tiempo. Y eso les quita poder, responsabilidad,

compromiso, capacidad de elegir y entender, etc. Entonces, eso me hizo ver un montón de cosas que tienen que ver con la relación con nuestros hijos, sobre todo desde lo emocional. Porque nosotros no somos del todo sinceros con ellos, no les mostramos nuestro interior. No les contamos lo que nos pasa por dentro, los miedos que tenemos, para transmitirles esta deconstrucción que estamos intentando hacer. No estamos seguros de cómo hacerlo. Experimentamos y probamos todo el tiempo, pero a ellos no les decimos “mirá que estoy experimentando, mirá que estoy probando, tengo miedo, no sé si es correcto lo que estoy haciendo”, sino que seguimos medidos en el rol del adulto omnipotente. Porque en ese ocultamiento hay un resguardo del poder y la autoridad. Entonces, hasta que no seamos honestos con nosotros mismos y con ellos, no vamos a poder destrabar la primera traba grande que tenemos, que es transmitirles a nuestros hijos que somos también vulnerables, y que podemos hacer un camino juntos. No necesariamente tiene que ser nuestro solo el camino, tiene que ser en conjunto, con las infancias, con nuestros hijos y los amigos de nuestros hijos. Tiene que ser un camino de salirnos del rol autoritario, que por más progres que seamos lo transmitimos de alguna manera, y animarnos al compañerismo con ellos, por supuesto sin romantizar la infancia y tratando de cumplir el rol de guía y responsabilidad. Porque ¿qué es ser adulto? es hacerse cargo, ser responsable. ¿Y qué tipo de adultez estamos mostrando si no nos hacemos cargo de nuestros privilegios? Nadie tiene la fórmula de cómo se hace, pero sí sabemos que no podemos hacerlo sin antes hacernos cargo de nuestros miedos y dudas. Me parece que por ahí pasa una de las mayores lecciones de adultez que podemos darles también.

¿Por qué no queremos mostrar que no somos la última autoridad, la última palabra? porque perdemos el lugar de privilegio que tenemos. Nosotros queremos tener siempre la última palabra. Sin embargo, hay algo que está por encima de nosotros, que tiene que ver con los derechos de ellos, y sus deseos. Eso está por encima. Incluso el Estado está por encima de uno mismo como padre. Eso tienen que saberlo los hijos. Tienen que saber que tu palabra no es la última, que hay otras palabras mucho más arriba tuyo, a las cuales ellos pueden recurrir si no se sienten bien tratados, o si se sienten vulnerados por tu autoridad. Que puede pasar, y pasa constantemente.

No se trata solo de deconstruirnos para ser felices (que también), sino sobre todo, lo más urgente, es para terminar con esa violencia que implica la paternidad patriarcal machista y adultocéntrica. Es una violencia enorme que sufren cotidianamente nuestras compañeras y nuestros hijos. Entonces, el primer gesto de adultez nuestro sería hacernos cargo de esos privilegios y poder ayudarles a que se empoderen, que aprendan un camino progresivo de autonomía, y sobre todo frente a sus padres. Porque ¿cómo pueden salir el día de mañana de ciertas violencias, si no les enseñamos a cuestionar nuestro propio poder como padres? Esa violencia a la que se le decía “doméstica”, pero que tiene que ver con la construcción patriarcal del núcleo familiar como un reducto privado (lejos de la vista pública que puede llegar a ver una violencia y actuar en consecuencia) e impune (sin derechos). Entonces, para poder deconstruirnos como padres tenemos que sacarle ese grado de impunidad al núcleo familiar, y poder acercarle información y formas de protegerse de nosotros mismos.

Pero además, este llamado al abandono del adultocentrismo tiene que ver con saber reconocer y apreciar todo lo que tienen para darnos las infancias y las adolescencias. Porque si alguien nos está enseñando a cambiar los paradigmas son ellas. Su pedagogía es la incomodidad y el cuestionamiento de la autoridad en forma constante: nos sacan a relucir nuestro doble discurso todo el tiempo. Por ejemplo, si uno no les permite hacer algo a ellos, pero sí lo hacemos nosotros, te lo van a decir. Y es la cosa más ridícula e injusta del planeta. Esos llamados como “¡vení a cenar YA porque se enfría la comida!”, pero nosotros nos demoramos mil horas en hacer algo que ellos nos piden. Entonces, ahí el doble discurso ellos te lo desarman, y generan una incomodidad constante, permanente. No es fácil criar hijos en este momento, en donde son más conscientes de sus derechos y tienen sus deseos más a flor de piel. Es más incómodo para nosotros...

¿Y por qué es tan incómodo? Eso es lo que tenemos que preguntarnos. ¿Por qué nos resulta incómoda la crianza en este momento? No quiero decir que todo sean flores, siempre va a ser difícil, porque estamos buscando formas de crianza que ni siquiera sabemos cómo van a ser. Estamos ensayándolas.

De lo que se trata es de ir desterrando las violencias más invisibles, y sobre todo la reproducción del patriarcado como régimen, que parece ser el rol más importante del padre hegemónico. Muchas veces, por más que seamos

“padres progresistas”, terminamos determinando roles diferenciados en hijos varones e hijas mujeres. Hacemos comentarios homofóbicos y misóginos encubiertos para “enderezar” la masculinidad y definir roles de poder, por ejemplo ayudarle al varón a que sea más determinado y egocéntrico, y a la mujer más culposa y servicial, tanto en juegos como en tareas de la casa, sin darnos cuenta (porque no es que lo hagamos con mala intención, pero nos sale de adentro porque fuimos criados así).

Si no desterramos esos pequeños estereotipos que uno impone inconscientemente, van a seguir reproduciendo en su adultez lo mismo que les damos. Entonces es muy complejo como tenemos que ir viendo hacia adentro de cada uno esas cosas sutiles (y no tanto) que nos salen. Y por eso es importante hacer terapia también, a medida que nos vamos intentando deconstruir de verdad, porque tiene que dejar de hablar el inconsciente en nuestro ser y ser más responsables con nuestras decisiones, hacernos cargo de lo que vemos y lo que no vemos.

Paternidades trans

Desde dónde venimos y hacia dónde vamos.
Reivindicaciones y Horizontes.

Santiago Merlo¹

Pensar, revisar, visitar, deconstruir las paternidades supone, en primer lugar, preguntarnos por la paternidad como función, y comprender su articulación fundamental a la noción de género. Si bien nacemos con características sexuales leídas como “típicas” o “acordes” a lo femenino o masculino, es la cultura la que nos define o de donde tomamos y vivimos nuestro estar en el mundo, nuestra identidad. Así, género es justamente esa adjudicación de roles y funciones con relación al sexo que se nos asignó al nacer. Por ello, decimos que tanto la masculinidad como la paternidad son constructos culturales. En consonancia, también la identidad es una construcción cultural.

La Paternidad como identidad

Soy un varón trans, papá trans y si bien puedo contarles aquí mis muchos recorridos, espacios de laburo y activismos, lo que quiero enfatizar es que hay un solo título que no busqué: ser papá de Lola. Creo que es el título más hermoso que en este momento tengo colgado en el corazón.

En Argentina, la Ley de Identidad de Género dio a las existencias trans un marco normativo que garantiza nuestro derecho a ser, a vivir, a habitar. Sin embargo, cuando surgió la Ley no hablábamos tanto de constituir nuestras familias, nuestras posibilidades. Entonces aparecen muchas preguntas respecto de cómo construir y dar un marco de existencia posible a las paternidades trans. Cómo habilitar y garantizar un horizonte de deseos, posibilidades, realidades y experiencias para estas paternidades.

1. Activista trans. Papá de Lola y de Pocotín (que está en camino). Licenciado en Comunicación Social. Docente. Educador Sanitario. Integrante de la Red de Paternidades Trans Argentina y La Casita Trans Córdoba. Contacto: Instagram @santimerlot. Facebook: Santiago Merlo.

Cuando hablamos de masculinidades y paternidades trans, se abre una agenda apenas vislumbrada, y una realidad aún muy acotada en relación al inventario de prácticas en la salud que se brinda hacia nosotrxs. De integral no tenemos nada, sobre todo en salud sexual, y derechos reproductivos y no reproductivos de las masculinidades trans.

Debemos mencionar cosas tan básicas como la necesidad que tenemos de una atención ginecológica, obstétrica y de otras especialidades que sea adecuada y respetuosa de la identidad de género y de nuestros cuerpos políticos. Aun hoy, es muy difícil encontrar consultorios o profesionales capacitadxs y actualizadxs, que lleven adelante tratamientos hormonales y las posibilidades de cirugías previstas por la ley. Imaginen entonces qué difícil y qué complejo es hablar de varones gestantes, de varones trans que construyen su paternidad a través de un sinfín de posibilidades. En esto de seguir rompiendo estereotipos, nosotros mismos nos encontramos a veces en nuestra propia construcción tomando modelos y estereotipos para construir esas masculinidades. Para construir estas paternidades trans.

Paternidades-otras que hasta ahora han sido vistas como objeto de estudio de la Antropología o en algún capítulo de National Geographic, o muy lejanas y sin habitar los espacios comunes o del día a día en la escuela, trabajo, familia. Y mientras lo pienso, se me empiezan a aparecer un montón de rostros de compañeros que están paternando en este momento como papás trans. Me hace figura cómo nuestras conformaciones familiares van significando nuevos desafíos al marco jurídico, y me pregunto qué aspectos regulan y posibilitan que hoy tengamos nuestras familias, que tengamos el derecho a reproducirnos, a materializar lo que para muchos de nosotres es un proyecto vital. “No sea que ahora tengan ganas de reproducirse”, se escuchó en algún momento cuando se aprobó la ley de identidad de género, y mucho antes cuando la homosexualidad y la transexualidad fueron retiradas de los manuales de psicodiagnóstico y de los libros de medicina. Sin embargo, sigue habiendo una mirada patologizadora en relación a nosotros. Y otra vez una mirada desde el sexismo y la heteronormatividad, de lo que se espera de las personas trans en función de su paternidad/maternidad o en la conformación de sus familias.

Mientras voy avanzando en estas ideas, pienso en papás gestantes que han comenzado con su hormonización para poder plasmar en ese lienzo en

blanco, que son nuestras corporalidades, esa vivencia interna... Sin embargo, es un largo camino para los varones que hemos sido socializados y leídos como niñas durante toda nuestra vida y hemos sufrido todo el tiempo violencias de género. Entre ellas, situaciones de abusos, abusos correctivos de los cuales también han resultado embarazos no deseados, a veces interrumpidos, otras no. En ese camino de las paternidades gestantes, al comenzar nuestras transiciones y al llamarnos como varones trans, nos encontramos también con un sistema registral que hoy nos sigue desafiando... Porque podemos rectificar por ejemplo nuestros datos, nuestro género asignado al nacer en nuestras partidas de nacimiento y luego en el DNI; sin embargo, hay muchas dificultades para que nuestros hijos, hijas, hijes que parimos en algún momento tengan la rectificación de su partida de nacimiento con la nueva figura administrativa de ese papá que antes fue mamá. Incluso hay varones trans que eligen no hacer estas actualizaciones por el temor de perder la filiación o vínculo legal con sus hijos/as/es, temores que están relacionados con los abusos y las violencias institucionales a las que están expuestas estas paternidades. Identidades estigmatizadas, discriminadas, criminalizadas.

Hoy aun es un desafío poder ver a un papá trans gestar. También es un desafío enfrentarse cotidianamente con la mirada que juzga, que ve a un compañero con barba con su hijo y que se pregunta “¿de dónde lo sacó?, seguro que fue una adopción” ... ni hablar si ese varón trans con barba le está dando la teta a su hijo. En esa mirada inquisidora aparecen un montón de cuestiones, e insiste una lectura que focaliza en lo genital o en el morbo de quién hace qué o de qué en una pareja, cómo se conforman esas parejas...

En lo real, las situaciones son múltiples y heterogéneas. Vamos a tener papás gestantes que han podido gestar de manera natural con compañeros, compañeras, compañeres, interrumpiendo su proceso de hormonización para poder comenzar con este proceso y finalmente dar a luz. Papás gestantes. Tenemos también papás que hacen un aporte biológico o gametos a través del llamado método ROPA (une integrante de la pareja gesta el embrión obtenido a partir del óvulo del otro, participan activamente ambas personas), óvulo de papá con compañere gestante.

Otros varones podemos ser papás o conformar nuestras familias mediante otras técnicas de reproducción asistida (FIV, IUI, otros). También algunos

hemos sido papás a través del sistema de adopción. Existen otras paternidades y otras posibilidades, tantas masculinidades u otras identidades, que se identifican como paternidades en el rol o en la función. Tantas como personas hay en el mundo. Alrededor de todo esto tenemos un sinfín de mitos y prejuicios, a partir de los cuales construimos humanidad y mundo.

Cuando hablamos de la educación sexual integral, también la seguimos viendo desde un lugar biologicista y binario, cisheteronormado: machos y hembras, por ende, hombres y mujeres que, además, se complementan para reproducirse “como Dios manda”. Es necesario volver a lo mismo si es necesario, decir que la mayoría de los hombres tienen pene pero hay hombres con vulva. La mayoría de las mujeres tienen vulva, pero hay mujeres con pene. Y también hay personas intersex que, en sus proyectos de xaternidad, también aportan carga genética y las particularidades de sus vivencias, sumando posibilidades. La naturaleza es tan diversa, y es bueno plantear este espectro, considerando siempre el contexto.

Subrayo que aún hoy estamos lejos de poder dimensionar todo lo que implica hablar, por ejemplo, de cuerpos gestantes. En esa línea, en el marco del debate por la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) aparecían discusiones que enunciaban a las mujeres como únicos sujetos políticos; de a poco hay mayor conciencia sobre el por qué de la necesaria referencia a “cuerpos gestantes” en el debate. Cuerpos gestantes, mutantes, transmutantes, no sabemos bien de qué se trata. Sin embargo, allí estamos los varones trans que también necesitamos poder acceder al sistema de salud en un abordaje integral y en el marco de este deseo y derecho a la familia, y a poder ser nombrados/es por el marco legal, en cada instancia de los procesos.

Nuestro derecho a la salud integral también se enfrenta con algunas dificultades en relación a las obras sociales. Algunas de las prácticas necesarias para poder paternar son leídas como prácticas que se realizan exclusivamente sobre cuerpos femeninos. Incluso en algunos lugares nos dicen “Usá tu DNI anterior porque es más fácil que el sistema de salud pueda darle viabilidad a un proyecto de familia a dos lesbianas que a un hombre trans, a vos que decís que sos hombre pero necesitás hacerte un PAP, un estudio para conocer la reserva ovárica, una ecografía transvaginal o lo que sea”. En ese sentido, también varios de nosotros cuando hemos hecho nuestras rectificaciones, elegido nuestros nombres, y antes de comenzar con los tra-

tamientos hormonales o cirugías de modificación corporal, nos hemos visto ante la imposibilidad de criopreservar óvulos o gametos. Porque la Ley de Identidad de Género no lo contempla, porque la Ley de Reproducción Asistida habla de parejas cis heterosexuales o de orientación sexual pero no de identidad de género. Si tuviéramos suerte, sin embargo, puede que también nos lo impidan por razones de edad... mencionando el umbral de los 40 años, que tanto para un varón trans como para una mujer cis es una mirada discriminatoria. La medicina hegemónica lee que hasta los 40 una "mujer" es fértil y que a partir de esa edad puede gestar hijos con problemas de salud.

Entonces, todo lo que hay dando vueltas alrededor de las paternidades trans está otra vez cruzado por las violencias institucionales y las violencias de género en general. Ni hablar de aquéllos que nacimos en familias y fuimos las hijas mayores o las mujeres de las cuales se esperaba el ejercicio del cuidado o la atención de hermanos menores, y a quienes se nos atribuía el rol –cuando fuésemos grandes– de tener que cuidar a nuestros padres/madres. Correrse de ahí, de ese destino prefijado, nos ponía –nos sigue poniendo– en una situación expulsiva compleja, atravesada por sistemas de creencias, por las propias crianzas, por las miradas de costado, y la idiosincrasia propia del lugar que habitamos. En todos los ámbitos: en la propia familia, en la escuela. Una escuela que no garantiza la permanencia dentro de las instituciones, porque aceptar a alguien, inscribirlo, no significa que esa persona tenga la posibilidad de terminar un estudio; y sin poder hacerlo, después se nos dificulta mucho más el acceso al trabajo. Menciono esto porque tenemos que reconocer que muchos padres trans hoy no estamos pudiendo sostener la crianza material de nuestros hijos porque también nos encontramos con esta imposibilidad del acceso formal al empleo, no estamos cubriendo las necesidades básicas de nuestras familias.

Hay muchísimas cuestiones que rodean a las paternidades trans y a las paternidades no binarias. Sin embargo, seguimos soñando con estos futuros.

Yo toda la vida quise ser papá, era el Susanito entre mis amigos/as. Así que en el ejercicio de la salita o en el rincón del hogar del jardín, yo siempre era el papá. Era como el jefe de familia, que llegaba de trabajar, saludaba y ubicaba a todos mis bebotes, que eran mis hijos, en la mesa. A veces también los reataba, obvio. Y claro, cuando me veían de afuera, habrán dicho: "¡Ay, quiere ser mamá! ¡Está jugando a la mamá!". No, no estaba jugando a la mamá, estaba

ejerciendo el rol, el cuidado, la ternura con mis hijos, porque me veía como papá, como mi propio papá, el primer feminista que conocí.

Pasó el tiempo, tengo 44 años y me encontré con Lola. Sin buscarla, en realidad. Construimos una familia diversa. Lola llegó a través del sistema de adopción, luego de haber estado institucionalizada durante 5 años. Lola tiene parálisis cerebral, y conocí a su mamá al poquito tiempo que habían conformado esta primera familia. De inmediato me llené de preguntas y de miedos. Cómo es criar, acompañar, estar al lado de una personita con diversidad funcional o con discapacidad. Lola tiene 10 años, y yo que en algún momento pensé que haber nacido trans era de las peores cosas en la vida... De repente aparece ella y me dice "estás loco chabón. Hay otras cosas, otras realidades, dejá de mirarte el pupo y hacete cargo".

La relación con Lola y con su mamá, nuestra familia, se fue dando naturalmente, sin que ninguna de nosotres se pusiera en un lugar como en un dibujito. Dejamos que sucediera.

Un día, después de haber pasado dos años, Lola me dijo PA-PA. En dos sílabas, que para mí fueron muy fuertes al escucharlas porque Lola dentro de su lenguaje tiene seis palabras. De esas seis palabras, me dedicó tres. Nadie se las enseñó, no sabemos de dónde las sacó, no tenemos ni idea. La primera fue TONTO. Me dijo "tonto" la primera vez que no supe cómo cargarla, tenerla a upa, que no sabía si iba a poder con la realidad que ella me planteaba. Me dijo "tonto", yo no sabía lo que había escuchado, su mamá se reía. A partir de ahí, empezó a marcar lo que necesitaba de mí y yo aggiornarme a este mundo nuevo que lo seguía viendo lejano.

De "tonto", pasé a ser PUTO, la otra palabra con la que se refiere a mí. Sobre todo cuando se enoja, cuando no le gusta algo o discute algo conmigo. Tampoco sabemos de dónde lo sacó...

Finalmente, ese PA-PÁ, que fue el momento más emotivo de todos. Nos quedamos como diciendo "ahora sí", Lola me había elegido como su papá y había armado su familia. Lola me adoptó y me integró a su red afectiva primaria.

Ésa es mi experiencia con ella. Levantarme y acostarme con una logística diaria de engranajes perfectamente alineados, para que llegue a su escuela,

a sus terapias, a sus actividades y a sus tiempos recreativos con su familia y amigos. Acompañar y estar en todo el sentido de la palabra.

Encontré dentro del activismo nuevas trincheras. Y como “lo personal es político”, la diversidad funcional y/o neurológica se sumó a la agenda, indisoluble al pensar otras posibilidades en la conformación de las familias. Así, transversalicé la docencia con la militancia. Hoy me dedico a acompañar procesos como docente, trabajando ESI en nivel inicial, primario y secundario, en escuelas de toda la provincia. También soy promotor y educador sanitario en consultorios inclusivos de Traslasierra; integro un dispositivo de atención de consultas por violencia de género en la UNC; y activo en organizaciones de la diversidad con pares trans y familias: Red de Paternidades Trans Argentina y “La Casita Trans” varones, niñeces y familias de Córdoba.

Dentro de la Red de Paternidades Trans, una red que formamos papás trans y no binarios de distintas provincias, empezamos a armar una agenda, a ponerle nombre a las cosas que sentimos y vivimos. Comenzamos a elaborar artesanalmente dispositivos para contenernos ante cualquier dificultad en el camino, desde el deseo hasta la materialización del proyecto de familia. Incluyendo lo legal, administrativo, atención sanitaria, abordaje interdisciplinario y acompañamientos especiales. Y también visibilizando nuestra existencia, somos visibles, y nos contemplan distintas leyes vigentes, y políticas públicas que hay que vigilar para que se cumplan.

Por último, aquellas personas que quieran maternar/paternar/xaternar, sin importar su sexo, género, su orientación sexual, pueden hacerlo mediante el sistema de adopción. Inscríbanse en el Registro Único de Aspirantes a Guarda con Fines Adoptivos, de su provincia; serán convocados y evaluados/as/es por un equipo de profesionales. En la página del [Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación](#) tienen toda la información. En la solapa “Buscamos familia”, encontrarán cientos de convocatorias públicas. Así llegó Lola a nuestra vida. Hay convocatorias públicas de niños y adolescentes de todo el país, de los grupos más vulnerables, para encontrar familias. Son niños de la segunda infancia (a partir de los 6 años), adolescentes, grupos de hermanos/as/es y niños con diversidad funcional o discapacidad.

Una salvedad o nota al pie: los, las y les adultos/as/es no tenemos “derecho” a ser padres. Los/las/les niños sí tienen derecho a tener una familia y a ser felices. Y en eso estamos, encontrándonos y avanzando. Necesitamos que nos acompañen.

Otras masculinidades y paternidades son posibles, nada es tan lejano ni inmodificable. Si, como personas trans, pudimos cambiar nuestro destino aparentemente prefijado y crear otro rumbo, soltando expectativas, vos también podés cambiar tus prácticas que nos excluyen, tu forma de pensar que nos obstaculizan el camino, y respetar, simplemente, a quien sea que tengas en frente. Nunca sabés que batallas está librando, con cuántos dolores se ha enfrentado.

Todes nos merecemos ser libres y felices, sin discriminación ni violencia de ningún tipo.

Enlaces para seguir conociendo sobre paternidades trans:

- [Paternidades Trans. La forma de ser padre que está quebrando su histórica invisibilización](#)
- ***Paternidades Trans Argentina*** en [Instagram](#) y [Facebook](#)
- [Ovulo de papá, vientre de mamá](#)
- [Rubén, el primer padre trans gestante documentado](#)
- [Historias de hombres trans que gestaron](#)



Parte 2

Incomodidades

Paternidades interpeladas por la mirada feminista

En el nombre del padre¹

Martín Azcurra



MARTÍN Y RAMIRO

¿Cómo empezar a hablar de paternidades? Uno de los temas más complejos de abarcar. El padre. El sujeto más nombrado en la historia, las religiones, la cultura y las ciencias. Jerarquía sagrada y traumas de infancia. Amor y terror. Protección y violencia. La huella del Padre queda grabada a fuego en nuestro interior para toda la vida, y nos condiciona en cada acto que hacemos y más aún en los que no hacemos, en cada palabra dicha pero más en cada omisión, en cada silencio.

Si bien la figura del padre ha venido en decadencia en las últimas décadas, los gestos y estereotipos del mito que configuran su poder quedan impregnados en nuestra cultura, como cada parte de lo que compone la “paternidad hegemónica”: el protector, la no demostración de afecto, la firmeza ante la dificultad, el orden ante el caos de la realidad, el juego agresivo, la dureza para soportar dolor, la autosuficiencia, el castigo como “acto de amor” y otros más.

1. En este texto entendemos “padre” como varón que ocupa el lugar establecido social y culturalmente como paterno. Puede ser una persona gestante que se identifica varón. En el mismo sentido, una madre puede ser una persona no gestante, que ocupa el rol establecido como materno. Por eso hablamos de roles generales y estereotipos. Es posible que algunos no se sientan representados por ellos, en alguna medida o en todas. ¡En buenahora! Significa que vamos mejorando...

Son estereotipos que cumplen la función de dar una idea de autoridad, de ley, de poder, frente a la familia y la sociedad. Pero a la vez son difíciles de sostener en el tiempo y en el mejor de los casos, ante los cambios culturales de las últimas décadas, ni siquiera cumplen con su cometido, todo lo contrario: nos alejan de los seres queridos que nos rodean. Con respecto a las y los hijos, incluso, refuerza el abandono paterno.

El abandono paterno está habilitado por la idea de que el padre no es el encargado de la crianza, ergo: estar o no estar es lo mismo. Por eso el abandono lava sus culpas con la manutención económica (derecho fundamental, claro) y, muchas veces, con eso basta, sigue todo en su normalidad, cada tanto una salida con los hijos, los cumpleaños y listo. Pero hoy, esa paternidad ausente de cariño y presencia cotidiana es cuestionada por la misma cultura hegemónica, que no tiene modelo ideal ante el fenómeno cada vez más creciente de familia monoparental.

La paternidad hegemónica es como un pavo real, una demostración de poder en cada pluma. Cada gesto es una pompa de autoritarismo y supremacía, que ubica a la mujer en un rol secundario/accesorio, incluso por debajo de los hijos varones. Al relegarle todo el trabajo duro (doméstico y crianza) la pone en un lugar puramente técnico, con poco poder de decisión. Las hijas mujeres seguirán el mismo camino, por lo que comparten ese rol con las madres. Ellas están para asistir a todos.

Por supuesto que todo esto es subvertido por la realidad misma, que termina siempre dejando en ridículo la vanagloria del padre y sus preferidos. La novela *Mujercitas* nos muestra la crisis histórica de la masculinidad hegemónica como un imposible ridículo. Y nos muestra una contraparte: la alianza entre mujeres (madres, hijas, hermanas ¡y tías!) como recuperación del derecho, empoderamiento y resistencia al absurdo patriarcal. No podemos decir que esa resistencia es una tendencia inherente al ser humano, sino que se va dando de manera fragmentada y aislada a lo largo de la historia, a través de hijas rebeldes, madres que renuncian y tías "locas", entre otros ejemplos de mucha belleza literaria (a costa de sufrimientos), que ocurren cuando algunas de las víctimas de la violencia patriarcal deciden dejar de serlo. Son muy pocos los casos de varones que apoyan esa resistencia, o en todo caso son desconocidos/negados por el relato oficial. La complicidad machista es tan fuerte que castiga duramente la apostasía.

Pero ¿qué sucede en nosotros, padres, cuando todo eso entra en conflicto? ¿Qué sucede cuando dejamos de adherir a la figura hegemónica, cuando queremos disfrutar de la crianza cotidiana y compartida, cuando despreciamos la pedagogía autoritaria, cuando nos empiezan a doler nuestros privilegios, cuando nos avergonzamos de la supremacía paterna, y en definitiva, cuando las plumas del pavo real empiezan a caer por peso propio, porque son insostenibles?

¿Por qué están cayendo las plumas?

En primer lugar, no podemos dejar de reconocer que la paternidad hegemónica creció a la par del capitalismo, como necesaria para dirigir un modelo de familia sostén del trabajo disciplinado y las guerras de expansión. El capital necesitaba un varón fuera del hogar pero dueño de su familia. También necesitaba una mujer que procurara la formación de nuevos obreros y soldados, o en el mejor de los casos: directivos y funcionarios. En la división del trabajo, las mujeres jóvenes no madres podrían ocupar empleos de asistencia (secretarias, maestras y enfermeras). Lo mismo sucedía con las familias sin padre: esas mujeres se podían encargar de la limpieza y crianza de otras familias sobreocupadas. El núcleo familia funciona entonces como productor de mano de obra y reproductor de la división de tareas. Y el padre es nada menos que el encargado de disciplinar al resto de los subordinados. El capitalismo solo se puede reproducir con formas de poder que se ejercen, como todo poder de arriba hacia abajo, con violencia. El padre no sabe que en realidad no tiene el poder, sino que lo transmite, convirtiéndose en un subordinado más, un oprimido que se convierte en opresor (al decir de Freire).

Sin embargo, con la creación del Estado moderno y benefactor, tras las conquistas sindicales de reducción de la jornada laboral, ampliación de la cobertura social hacia el resto de la familia, vacaciones, días no laborables y jubilación en la edad no productiva, es decir gracias al camino progresivo que fue logrando la lucha de clases, el padre empezó a contar con más tiempo para sus hijos. Pero además, la protección familiar ya no dependía solo de él, sino que había un Estado por encima de todos. Un Estado protector, que es lo mismo que decir, un padre mayor: el Estado paternalista. Así, papá se empezó a relajar... :)

Hubo otro cambio enorme en este proceso de dispersión y relajamiento del poder paterno. La Convención Internacional por los Derechos de la Niñez. Parece que les hijos tenían derechos universales, y estaban protegidos por un poder mayor, por encima del poder endogámico de la familia patriarcal. En la última década, además, UNICEF reconoció al adultocentrismo como una forma de violencia. Con esta nueva base jurídica, los Estados empezaron a establecer políticas públicas de protección de las infancias. La voz del niño tenía cada vez más valor.

Otros factores contribuyeron a la crisis de la paternidad hegemónica: las crisis cíclicas del empleo formal aislaba a los hombres deprimidos en sus casas y sacaba a las mujeres a la calle en busca del pan de cada día (que conseguían en el mercado informal). El voto femenino abrió las puertas a la mujer como ciudadana con derechos e igualdad de oportunidades. En el mismo momento, las luchas en todo el mundo por los derechos de las personas no cis pusieron en cuestionamiento el modelo hetero-normativo, base de la familia clásica.

No fue poco todo lo que sucedió en los últimos 100 años, desde la primera guerra mundial y la crisis económica del 30. Las resistencias clasistas, pacifistas, antirracistas, lgtb y feministas pusieron de cabeza al mundo, tal como lo anunciaron los estudiantes del Mayo francés: ¡yo estoy al derecho, dado vuelta estás vos! Demostraron que cada lucha vale: por más pequeña que sea, cimienta las luchas siguientes en cualquier rincón del mundo, y no solo las propias, sino que generan un cambio en toda la súper-estructura. Los Estados se tuvieron que adaptar para sostener su dominio, tomando para sí todas las banderas humanistas. Podemos verlo como una victoria o una derrota (a costa de qué). Pero no hay duda de que es signo del progreso humano, y es el producto de esa niña que se enfrentó a su padre en el siglo pasado.

El jefe

La paternidad pone a prueba nuestra masculinidad, saca a la luz nuestras peores contradicciones. Mientras mejores padres seamos, más lejos de la masculinidad estaremos. Y ser malos padres nos destruye, porque nos deja solos, sin el amor de nuestros hijos. En definitiva, ¿qué espera el ser humano más que dejar un buen recuerdo a sus descendientes queridos?

¿Pero qué es la paternidad? O, mejor dicho, ¿qué es ser un buen padre?

Tengamos en cuenta que “la norma” ha ido cambiando a través de los años. El “buen padre” de antes no es el mismo que ahora. Eso demuestra que las contradicciones se van resolviendo positivamente a través de la historia. Tal vez por las luchas de los movimientos emancipadores y de derechos humanos. Y tal vez, además, porque esas contradicciones nos iban matando por dentro hasta que una lucecita interna nos dijo que podíamos ser felices de otra manera.

Hoy podemos decir que no existe una “paternidad ideal”, porque la estamos construyendo. Porque mientras más ideal sea, más lejos de la realidad estará. Porque el modelo ideal no existe, sobre todo si ponemos el foco en el sujeto más contradictorio de la sociedad: el padre moderno. Porque una “nueva paternidad” solo puede surgir si aceptamos nuestras limitaciones, algo que el varón ha negado sistemáticamente. Sí, somos negadores seriales. No nos mintamos: una nueva paternidad empieza con una reducción de daños.

Pero además, no podemos hablar de “paternidad”, sino de “paternidades”, porque la idea del padre perfecto del siglo XX ha sido reemplazada por la multi-diversidad del siglo XXI. No existe una sola manera de paternar, porque el modelo binario de familia clásica está cada vez más caduco, y porque felizmente el género se está disociando de la función paterna. Hoy ya hablamos de “familias diversas” pero no porque aparecieron de repente, sino porque finalmente nos animamos a normalizarlas, a hablar de ellas, a estudiarlas y enseñarlas en la escuela. Feliz la hora en que una niña puede entender que su familia no está rota, sino que forma parte del enorme abanico de posibilidades. Hoy entendemos que “lo universal” no es lo estático uniforme, sino la variedad cambiante. Lo que antes se llamaba “familia disfuncional” ahora es una familia diversa, que es necesario visibilizar para hacerla “funcional” a esta sociedad.

Si la palabra “madre” nos habla de “origen” (materia, madera, matriz), “padre” nos habla de “apropiación” (poder, patrón, protector), es decir, de una función negativa dentro de la “familia” (originariamente un grupo de sirvientes que viven bajo un mismo techo: “familus = criado”).

La historia de la familia es la historia de la esclavitud y la violación de la mujer, solo empoderada en su derecho materno. Mientras los grupos eran grandes y heterogéneos, el cuidado de los hijos era una tarea comunitaria. Al cerrarse el círculo de núcleo familiar, ella quedó a cargo en la soledad de su hogar. Entonces, esclavizada en su función materna.

Las formas modernas de diversidad familiar, producto del empleo formal de la mujer, el cuestionamiento de las violencias inherentes al matrimonio y la legalización del divorcio, dan origen a una nueva forma muy extendida, donde el círculo se reduce al mínimo: la familia monoparental. Esta forma deja en evidencia las desigualdades en la forma de crianza tradicional, pero le agrega una dificultad extra: la habitacional. La convivencia minimizaba las tareas de manera centralizada.

Pero además, así como el amor romántico es la violencia romantizada, el Matrimonio es la violencia institucionalizada, normalizante del modelo heterosexual, a pesar de algunos logros lgbt recientes pero no menos excluyente de todas las diversidades posibles. La institución matrimonio ejerce una coerción a la norma que sostiene y reproduce el modelo patriarcal de familia: la descendencia biológica, el rol materno indiscutible, la jerarquización sobre la base de la distribución sexista de las tareas de cuidado, y el consecuente aislamiento de la mujer en el hogar. La promesa de sostener la institución (en la pobreza o enfermedad) no es más que un llamado a soportar la violencia patriarcal (psicológica, física y sexual) cueste lo que cueste.

La familia es un modelo jerárquico y adultocéntrico donde la descendencia (y sobre todo la niña y el niño que no se siente varón) es considerada un objeto no terminado, moldeable en ese sentido, y por lo tanto no llega a ser sujeto. Ellos también son presa de esa coerción, pero sin ejercer el derecho de decidir.

Por lo tanto, el divorcio carga con esa ruptura que se siente como fracaso pero también como liberación. Recordemos que la Ley de Divorcio en Argentina se sancionó en 1987 y fue rechazada por la Iglesia y por un sector conservador. Es decir que fue una victoria popular hacia la conformación de familias diversas. Pero también fue parte de la adaptación del sistema a las formas que se estaban dando de hecho, para seguir ejerciendo control sobre la distribución de roles sexistas (el cuidado a cargo de la madre y la

manutención económica, del padre) y las obligaciones de los dos para la reproducción del modelo.

En el divorcio, los hijos siguen siendo objeto, pero en otros sentidos. Muchas veces objeto de disputa, y otras veces abandonados a la deriva de familiares. Pasan de trofeo a piedra molesta en un segundo. Ni siquiera ahí se les consulta qué quieren. En este sistema, quien no produce, no decide, ni siquiera sobre su vida. ¿Pero acaso su no productividad les priva de derechos? La educación obligatoria (de naturaleza conductista) tiende a equiparar derechos pero preserva la idea de objeto hasta la edad legal de emancipación.

Recién en 2015 (Argentina) el código civil destierra la patria potestad y agrega la responsabilidad parental (de los progenitores o una familiar a cargo), que le otorga centralidad al testimonio de los hijos (en este caso, ya no son los padres quienes deciden, sino la justicia). También se cambió la figura de “tutela” (que desnudaba la concepción de niñez-objeto) por “cuidado” y se proponen crianzas colaborativas y compartidas. La reforma busca dar a entender que toda separación de pareja no quita ni reduce las responsabilidades maternas y paternas.

Pero en todo divorcio, los varones quedamos en evidencia. No estamos acostumbrados a planificar y ejercer la totalidad de las tareas de cuidado. Por eso al principio la ley le daba potestad a la madre... Para que se siga haciendo cargo, mientras los hijos llevan el apellido del padre. Sin embargo, los varones nos volvemos padres vulnerables, débiles demandantes del afecto de los hijos, torpes hasta para jugar con ellos, y para expresar amor. Nos conseguimos una piecita sin ventana en algún lado y vivimos como huérfanos de poder hasta que encontramos otra presa que nos devuelva la dignidad y que tal vez (para fortalecer nuestra masculinidad malherida) pueda competir con nuestra “ex”.

Pero no es solo eso. La separación devela muchas cosas que tienen que ver con las contradicciones de la familia. En primer lugar, demuestra que no estábamos preparados para sostener una crianza responsable, ni siquiera en convivencia. En segundo lugar, demuestra que, en la mayoría de los casos, la distribución de tareas no es justa. Y en tercer lugar, demuestra la importancia de la responsabilidad del Estado, e incluso de la comunidad, en la crianza de nuestras niñeces.

Desertores

De esta manera, los varones no sabemos ser padres separados porque no sabemos nada del cuidado, nunca nos enseñaron. Nuestra madre y nuestro padre nos regalaban autitos a nosotros y una cocinita a nuestras hermanas. Si nos gustaba algún muñeco-bebé, lo escondíamos, porque nuestros amigos nos hacían bullying. La escuela nos enseñaba deportes fuertes como el fútbol y algún oficio industrial para que nos defendamos en la búsqueda de trabajo. A ellas, las tareas pasivas como tejido y costura.

El adultocentrismo también hizo sus estragos. La idea de infancia como objeto no terminado fortalece en les adultes un sentimiento de rechazo, incompreensión y alejamiento de las niñeces (infanto-odio o paido-fobia), sobre todo si pasamos toda su corta vida alejados de su crianza. Es muy común que los varones adultos no sepamos cómo comunicarnos con un bebé ni con los primeros años más gestuales que verbales. Tampoco sabemos conversar (en el sentido completo de la palabra) con niños sobre sus cosas. Y ya sabemos que la no comunicación favorece las formas autoritarias de crianza: el famoso “porque yo lo digo”.

En el siglo pasado, la división del trabajo remarcó esta situación: los puestos de mujeres para ser maestras, cuidadoras, limpiadoras y secretarias (saben gestionar los pequeños detalles).

Así, nos fueron enseñando a estar fuera de casa todo el día y volver de noche con la cena preparada y el control remoto de la tele disponible. Volvemos a un hogar casi perfecto, suponiendo que la crianza cotidiana (enorme tarea que incluye la gestión de una alimentación sana y posible, el acompañamiento en su educación y esparcimiento, etc, etc) y el mantenimiento del hogar es un proceso mágico que ocurre cuando no estamos presentes. ¡De niños nos pasaba lo mismo! Mamá limpiaba todo, incluso nuestros juguetes. Y las hermanas ayudaban. Pero como todo: #NoFueMagia

Mientras la crianza y la educación tradicionales nos iban desligando de las tareas de cuidado, también nos alejaban de las formas de comunicación con los bebés, gestuales, de contacto visual, de diálogo con sonrisas, de corporalidades respetuosas y cariñosas. Cuando llegábamos de la escuela nos íbamos a jugar, mientras nuestras hermanas se quedaban a ordenar, limpiar

e incluso hacer la comida. Los hombres tuvimos la posibilidad lúdica que muchas mujeres no, y siempre nos costó advertir ese real privilegio de crianza. ¿El resultado? Las mujeres adultas se sientan a hablar mal de otras y los varones jugamos colectivamente. Curiosamente, la formalización y legalización del “trabajo doméstico” comenzó en las últimas décadas, a partir del surgimiento de los movimientos masivos de liberación de la mujer. La consigna “eso que llaman amor es trabajo no pago”, se transforma en una bandera que engloba múltiples situaciones de opresión, sobre todo económica.

Si bien la distribución sexista de tareas en el hogar está más cuestionada, sigue siendo una norma, y volvemos a caer en ella incluso los sectores progresistas.

Por suerte, o por nuestra propia naturaleza de supervivencia, no dejamos de sublevarnos por fuera de las normas, para no terminar de caer en las neurosis que nos causan las contradicciones del sistema. “Lo personal es político”, dijo Carol Hanisch en los 60, y lo cambió todo. Ella no era sola, tenía un movimiento de liberación detrás, que luchaba por la igualdad en el trabajo, en el hogar y en la cama. Tenía sus razones el machismo de impedir a la mujer que estudiara.

El patriarcado con sus instituciones y voceros reaccionaron con la misma violencia que ya venían ejerciendo pero esta vez enfocada a desacreditar esa lucha. Y sobre todo a quitar los privilegios de todos los varones que simpatizaran con ella, así como los quitó históricamente a los varones lgtbi+.

El femicidio como ejemplificador es el final de una serie de violencias, perpetuado por el macho cuando la mujer que creía su objeto ejerce su libertad. De ahí para abajo, los varones estamos llamados a cuestionarnos por completo. Los movimientos de liberación de la mujer y de los colectivos lgtbi+ nos incomodan felizmente. No es solo por la ética humanista e igualitaria que simpatizamos con ellos, es también por nuestra propia liberación y salud mental, es porque nos interpelan, porque nos invitan a salir de un lugar del que no podemos salir solos, es la mano que te saca de la ciénaga. La comodidad de los privilegios es un beneficio pero es también una trampa. Y tampoco alcanza con un despertar individual de los desertores, sino un grito de género, de todo nuestro género. ¿O acaso alguien puede sostener el rol de jerarca en su vida? ¿Quién quiere reproducir un modelo violento para

su hija y su hijo? ¿Quién quiere que sus hijos lo respeten por miedo? ¿Quién quiere que sus hijos emancipados dejen de llamarlo o visitarlo... o abrazarlo? Necesitamos el abrazo de nuestros hijos. Lo necesitamos como el aire que respiramos. ¿Quién quiere no Ser Reconocido como una parte importante de la vida integral de sus hijos? Al final cabo, eso es Formar Parte: Ser Elegido.

Hoy, que la protección de la Ley y el Estado está por encima de la jerarquía familiar, y que las familias modernas se dispersan y conforman nuevas redes donde el vínculo de sangre no es fundamental, formar parte de la vida de los hijos tiene otro valor. Somos nosotros los que tenemos una responsabilidad y obligación hacia ellos, a quienes les dimos una vida y un mundo sin consultarles. Pero no así al revés. Ellos no tienen ninguna obligación hacia nosotros, ni legal, ni ética.

Les hemos abandonado muchas veces a lo largo de nuestras vidas, pero ahora nuestra fragilidad no llega a superar el abandono de ellos a nosotros. Deseamos compartir una charla de mate, una cerveza en un bar, un viaje en auto, un atardecer en la terraza, lo que sea con tal de vivir lindo un momento. Pero ya perdimos la oportunidad. Solo nos puede salvar su compasión, su perdón. Resulta que ese niño pequeño, objeto no acabado, no era tan pequeño, ni estaba no acabado; era un sujeto completo con sus múltiples sentimientos, que lo marcaron para toda su vida, y la nuestra.

La transferencia

Una de las grandes pruebas que debemos pasar los padres en nuestra vida es enseñar a manejar el auto a nuestros hijos. Tengo un hijo varón ya emancipado, Ramiro, pero me quedó pendiente esa enseñanza, que refleja muchos aspectos vinculares entre nosotros. El auto es símbolo de masculinidad, de adultez y de autonomía.

Una situación nos pone a prueba: calle angosta. El semáforo se pone en rojo. Ramiro frena el auto y espera. Una fila de autos se ubica detrás. ¡La vida! Verde. Embrague y primera. El auto corcovea y se apaga, no llega a arrancar. Miedo de ambos. Así un par de veces hasta que el semáforo vuelve a rojo. Hay un minuto de pausa, de respiro, de oportunidad para enseñar. Se pone en verde nuevamente y pasa de nuevo, no arranca. El auto sufre, se queja con ruidos chillosos. ¡Kkkkffffjjjj! El auto se da por vencido, pero mi hijo no.

Posibles actitudes de la vida:

- 1) El enojo y la desvaloración.
- 2) Expresar nervios, reforzar tensiones.
- 3) Abandonar la enseñanza y tomar el control.
- 4) Dejarlo solo, que resuelva como pueda.
- 5) Aprovechar ese minuto de pausa para reflexionar y corregir.

Otra de las prácticas que nos perdimos en nuestra crianza es la de enseñar, que sí aprendieron las mujeres. Porque requiere de paciencia y de ponerse en el lugar del otro y la otra, cosa que los padres no solemos hacer: nos enojamos cuando la otra persona no entiende.

Hay otro aspecto de la vida que nos atraviesa: somos dos hombres, padre e hijo. Si fuera una hija sería distinto. Si fuera una madre con su hija... todavía más. Sobre todo en el contexto de la calle, territorio de machos falocéntricos, con prácticas de tránsito agresivas y descuidadas. Otro territorio a deconstruir. Vamos en ese camino, como en la vida, con una mujer que se anima a imponerse, con otras lógicas, dispuesta a intervenir en los procesos de cambio, para bien del cuidado y disfrute de todos.

La cofradía

De alguna manera, históricamente, nos hemos quedado sin espacios para compartir experiencias sobre nuestras diversas formas de ejercer la paternidad. Se supone que la cofradía machista “ya tiene resueltas” todas las cosas referidas a lo vincular-emocional. ¿Por qué somos así?

Construimos nuestra masculinidad (hetero cis) en oposición a los grupos sociales sometidos (en primer lugar las mujeres cis, en segundo lugar las infancias y en tercer lugar, pero no menos importante, las disidencias). Esa supuesta fortaleza, que nos da el poder, es de aspecto negativo, y como tal es nuestra mayor debilidad. Un género cuya identidad surge de una relación de poder, y de ejercicio de los privilegios, en vez del auto-reconocimiento, necesita ponerse a prueba constantemente, remarcarse ante los demás y sobre todo hacia nosotros mismos. Pende de un hilo. Mientras que los demás

géneros SON, se rebelan y se revelan, brotan como gritos de libertad, contra un mar de embates disciplinadores. De la competencia y la envidia se nutre el odio de género.

Sin embargo, en la profunda intimidad del vínculo con nuestras parejas emerge nuestra vulnerabilidad, derivada de la imposibilidad de sostener una identidad impostada con todo lo que eso implica. En la intimidad de la habitación, quizás después del acto sexual, nos sacamos las máscaras divertidas y fuertes, para mostrar lo que queda de nosotros: la frustración, la queja, la angustia. Tal vez ese sea el verdadero sostén familiar que enloquecía a las mujeres en siglos anteriores, además de la violencia. Tal vez lo siga siendo...

Por eso, para no mostrar ningún tipo de dependencia emocional, tendemos a evitar ese espacio íntimo donde pueda surgir el compartir o el verbalizar la experiencia del vínculo que vamos construyendo. Como un círculo vicioso, todo lo que evitamos se lo brindamos en bandeja al "inconsciente" para que finalmente revele nuestra vulnerabilidad de alguna manera (violenta, porque se basa en el odio al otro) y termine destruyendo nuestro propio ser y el entorno.

Pero eso no es todo. No solo nos cuesta "abrirnos" ante nuestros vínculos primarios, sino también, y sobre todo, ante nuestros pares, la "cofradía de machos". Porque el género hegemónico no solo se ve obligado a reforzarse en oposición a los géneros dominados, sino también en feroz competencia ante los demás machos. De esa competencia disciplinante surge el bullying hacia el varón disidente (expulsión del círculo privilegiado): aquel que no sigue alguno/s de los estereotipos normalizadores, el pibe sensible, el papá cariñoso, el amo de casa, el que se cruza de piernas juntas, el que se viste de rosa, etc. (en el menor de los casos). Por eso, mostrar nuestras emociones y debilidades ante otros varones se transforma en todo un desafío donde se pone a prueba nuestra integridad como machos, porque eso es lo único que tenemos, o que sabemos tener.

Como un manotazo de ahogado, cada tanto encontramos un espacio íntimo de dos, con otro varón, amigo, compañero o hermano, a solas. Porque nuestra impostura machista se refuerza en grupo, pero hace agua cuando encuentra un diálogo mutuo revelador. Ese secreto compartido de a dos se transforma en un espacio subversivo, aunque no deja de estar dentro de un

marco disciplinante. A la larga, el grupo es el que manda. Como la famosa escena en donde el amigo traiciona al otro cuando se siente comprometido por el grupo.

La manada es el núcleo motor del patriarcado. Varón se hace en grupo. El varón aislado deja de ser macho. Por eso el desafío más grande del varón es reproducir el patriarcado en una familia reducida, que tiende a aislarlo del resto de sus pares. Por eso el macho sale a trabajar y la mujer no, para reencontrarse con su manada. Mientras la mujer sola se basta para resistir, el hombre solo es pura derrota.

Por eso, no basta con romper con la manada, ya que eso está previsto en el normal funcionamiento del machismo (la disidencia solitaria o minoritaria), sino subvertir al propio grupo (que nos contiene) con sinceramiento personal, demostraciones de cariño, alianzas positivas y mucha empatía en la contradicción. No importa cómo. Lo importante es empezar. Disentir sin romper, expresar el disgusto. Seguramente al principio genere incomodidad y distancia, pero es muy probable que a la larga brinde una posibilidad de ayuda grupal para atender las crisis que todos vamos experimentando por la contradicción misma que nos genera el machismo en nuestro interior, y sobre todo, interpelados por los cambios culturales producidos por las luchas de liberación de géneros.

Así vamos generando espacios del compartir, reflexionar, asistir y contener, que son gérmenes primarios de subversión masculina, aunque el fin no sea abolir el patriarcado sino simplemente ser felices, en igualdad con nuestros seres queridos. ¿Acaso queremos que perdure esta basura machista para nuestros hijos?

El espacio de compartir

Como decía Sartre, el infierno son los otros. En nuestro caso es tal cual... ¿Cómo podemos hacer para brindarnos a un otre, quien sea que fuera, sea del género que sea? ¿Cómo podemos expresar el cariño a una amiga, de la misma manera que lo hacemos con un amigo? ¿Qué podemos aprender del vínculo cariñoso no represivo que se suele dar entre las mujeres o entre las disidencias? Nuestro contacto físico no pasa de la palmada en el hombro o como mucho el abrazo con golpes en la espalda ¡haciendo mucho ruido

claro, así es más macho!... ¿Nos abrazamos de otras maneras? ¿Nos decimos "te quiero"? ¿Nos miramos a los ojos? ¿Nos tomamos de las manos? ¿Nos tomamos de la cintura? ¿Nos llamamos para saber cómo se siente el otro? Seguramente, algunas de estas cosas las hemos ido practicando sin darnos cuenta, y eso demuestra que existe una paulatina deconstrucción de la sociedad.

Muchas veces, los varones impostamos una forma de ser ante la familia y la pareja, para lo cual inhibimos al macho jactancioso de sus privilegios. Por eso, cuando estamos en grupo de varones, dejamos salir al macho primitivo. Pero también, ese grupo desconoce al yo vulnerable, emocional, que en general solo puede manifestarse en la intimidad de la pareja, que funciona como un confesionario del yo atormentado por sus contradicciones. ¿Cuántos desdoblamientos exige el machismo? ¿Dónde somos más genuinos? ¿Lo somos con nosotros mismos al menos?

Cambiar el sentido de la manada puede generar un equilibrio completo de nuestra identidad, destruyendo las imposturas y los desdoblamientos. Si pudiéramos hablar en grupo de nuestras debilidades, incluso reírnos de ellas, se disuelve la frontera del silencio y la complicidad. Tampoco se trata de negar al macho primitivo, que está vivo y coleando en nuestras vísceras, sino dejarlo salir para entenderlo, en las charlas grupales con otros, en las preguntas en voz alta con amigas feministas. Eso nos va a permitir admitir conductas violentas como tales, y también aceptarnos en la contradicción. No es poco para el género de la negación individual. Empodera al hombre solitario, al hombre en pareja y, sobre todo, al hombre padre.

La paternidad es la experiencia más compleja que puede vivir un varón. ¿Cómo es posible entonces que no tenga espacios donde compartir todo lo que le va pasando? No los tiene porque se los fue negando históricamente. Es bien sabido que las madres se suelen juntar entre ellas para compartir todas las experiencias cotidianas que van surgiendo a partir la crianza y función de materner, mientras que los padres se suelen reunir para hablar de cualquier cosa que no sea su experiencia en la familia o el hogar. Suelen ser dos estereotipos bien marcados. Mientras que en los padres es una negación, en las madres es represión. Los grupos de madres hablarán de su encierro, todo lo que pasa puertas adentro, a lo sumo de la literatura que consumen adentro. Ellas están haciendo su proceso de liberación sobre la

figura de las “malas madres” o “madres desobedientes”, que también nos interpela y nos genera un nuevo lugar desde el cual paternar.

Malas Madres / Buenos Padres

Es hora de relajarnos y aceptar la diversidad. La paternidad es un complejo mundo de contradicciones. Cada persona la vive a su manera, ya que pone en juego sentimientos ocultos desde la infancia. Hay tantas formas de paternar, como personas en el mundo. Según el momento histórico, hay ciertos mandatos que nos disciplinan hacia cierto tipo de paternidad, pero después... se termina haciendo lo que se puede.

Ya cargamos con el estigma del Mal Padre, lo llevamos como mochila durante toda la vida. Es que seguramente lo somos, en algún aspecto, o en todos. Porque es parte de nuestra ancestralidad (la cual queremos cambiar). A diferencia del mandato materno, el hombre es primero hombre libre y después padre. Ante cada crisis de paternidad, por frustración o mal ejercicio o por lo que sea, abandonamos el rol paterno (el famoso no hacernos cargo). Después volvemos, arrepentidos, a intentarlo de nuevo. La paternidad es cíclica, pivotea entre dos mandatos: el de superpapá por un lado y el de llanero solitario por el otro.

No se puede pensar la paternidad sin pensar la maternidad, sencillamente porque no se puede pensar sin una visión de género, sin una revisión de las violencias de género que ejercemos directa o indirectamente. La maternidad-crianza (no solo como gestación, claro) está instalada en la mujer como una obligación biológica, y sostenida por sentimientos de culpa, al no poder realizar nunca el 100 % de las tareas que tiene asignadas, y sobre todo, por reprimir su instinto de autonomía ante su pareja y cría. La paternidad (sostén, provisión, protección) está instalada en el varón como una responsabilidad histórica, sostenida fuertemente por el *Ego*: “Yo puedo todo”, el famoso “sin mí no sobreviven”. Sin embargo, la culpa sólo le aparece cuando su ego es diezmado, cuando se *da cuenta* de que pueden sobrevivir sin él, o peor aún, que están *mejor* sin él.

Desobedientes

El patriarcado como régimen de poder ha triunfado en todos los sentidos, al igual que el capitalismo: el dominio económico y el cultural. Se ha instalado

dentro de cada persona del mundo, sobre todo en aquellas que son dominadas. El patriarcado y el capitalismo son regímenes distintos, pero van de la mano, se ayudan mutuamente: El capitalismo alimenta al odio con sus mecanismos internos de jerarquías y competencias.

La pregunta del millón: ¿Por qué un sujeto con privilegios que le otorgan el poder absoluto, tendría que renunciar a ellos? ¿Por solidaridad? Incluso los sentimientos de asistencia a los sectores oprimidos pueden ser también una expresión de sostenimiento de las jerarquías. A tal punto se ha instalado, que cuando los varones nos resistimos, es probable que lo estemos perpetuando.

¿Por qué desobedecer entonces? ¿Y cómo? La lucha es por la riqueza humana que nos aporta la diversidad, contra la idea de un género dominante que solo produce miedos en la víctima y autodestrucción en los que ejercen la violencia.

Caballeros, compañeros, amigos, hermanos, apelemos a la ética humanista. El género no existe, lo estamos derribando. Nuestro sujeto es la humanidad. El género es una construcción cultural sobre la base de una distinción biológica básica. El género no se define por una preferencia sexual, sino por estereotipos de comportamiento. ¿Quién dice que un padre no materna?

A lo largo de la historia, el varón fue construyendo mecanismos institucionales que le otorgaron privilegios, para que los demás géneros sientan que esa relación de poder es "legal y normal", para que toda disidencia sea castigada, y las víctimas sean disciplinadas por el miedo.

El privilegio es odio hacia la humanidad. ¿Podemos reconocer que somos los primeros responsables en el sostenimiento de esos mecanismos de odio? ¿Podemos desactivar, al instante, una conducta odiante que produce miedo en la víctima? No busquemos un ejemplo evidente, sino solo aquella conducta (en apariencia) inocente que esconde una violencia profunda, permitida por una violencia mayor estructural. Cada violencia cometida hacia los demás, es una violencia más contra sí mismo. En cada violencia, el sistema nos fagocita. Nos devora y escupe los huesitos.

Por eso mismo, somos portadores de una misión fundamental, la de romper desde los cimientos esos mecanismos de odio, que nos hacen cómplices de

las elites de varones poderosos, ese 1 % de megaempresarios y obispos, de las cuales nunca formaremos parte, felizmente.

Escuchemos esa voz interna, oculta, tapada por el ruido de botellas que estallan. Abracemos el espíritu de rebeldía que nos dejaron nuestros ancestros varones, esos que lucharon contra la corona, símbolo del privilegio. Pero también llevamos en la sangre la ancestralidad sin género. El espíritu de comunidad, en armonía con una naturaleza diversa y multi-colorida.

El amor entre hermanos como una posible resistencia, contra el padre, en defensa de la madre y hermanas, la demostración de afecto entre ellos, la alianza subalterna que rompe el mandato, que se abraza y ofrece protección sin violencia ni poder, reemplazando al padre. Hermandad como amistad. Hermandad subversiva del poder paterno. La fuerza desertora. Soldados desobedientes.

Padres desobedientes creando otras fraternidades. El abrazo entre pares. Mirarse a los ojos para reconocernos vulnerables. Solo nosotros sabemos de qué se trata, lo que sentimos dentro en cada batalla contra el mandato, en cada renuncia de privilegio. Lo que nos cuesta reconocernos.

Al disentir nos convertimos en víctima, es cierto, pero una víctima que sigue siendo privilegiada. El machismo es un lugar seguro. La masculinidad hegemónica es una comodidad bastante grande. Romper es angustiante, al principio. Pero detrás de las ruinas está la playa.

Paternalidad(es) y feminismos

Una invitación a pensar(nos) colectivamente

Débora Imhoff¹



DEBORA, DANTE E INDIRA

Un punto de partida

Quiero empezar compartiendo con ustedes algo de cómo se dio el proceso subjetivo de escribir este material, y lo que ha significado para mí el encuentro, el diálogo y el pensar colectivo con las otras tres personas que han compartido sus reflexiones aquí. Cuando convocamos desde el espacio de la Prosecretaría de Género, Diversidad y Feminismos a aquel conversatorio en agosto de 2020 no me imaginé terminar implicándome de manera subjetiva en este proceso. Sin embargo, aquella primera conversación con estos varones en esa actividad institucional, me terminó implicando más allá de lo que yo hubiera pensado. Tras aquel encuentro, comenzamos a reunirnos para pensar y debatir. ¿Qué nos reunía, que nos amuchaba? Que somos crian-tes, padres, madres, progenitores/a, adultos-que-acompañan-el-cre-cimiento-de-sus-hijos... Cuatro personas, singulares, diferentes, particulares. Pero al mismo tiempo compartimos la mismidad de una experiencia vital

1. Lic. y Dra. en Psicología. Investigadora CONICET. Profesora en la Facultad de Psicología, UNC. Feminista. Mamá de Indira y Dante. Contacto: dimhoff@conicet.gov.ar / Instagram: [@deboraimhoff7](https://www.instagram.com/deboraimhoff7).

que tiene de universal y particular. Criamos hijxs y somos, al mismo tiempo, hijxs de alguien. Y esa experiencia nos reúne en una mismidad. Hay algo que nos conecta, que nos iguala, que nos permite reconocernos en la diversidad de nuestras existencias.

Desde allí nos hablamos, nos miramos, compartimos lecturas sobre la experiencia de paternar/maternar. Intentamos reflexionar sobre ello y abordarlo con mirada crítica; creciendo con aquello que es singular de lxs otrxs y con lo que nos hace iguales. En algún sentido, hicimos tribu, por un rato. De esas tribus de criantes que el capitalismo y el patriarcado se encargaron de destruir para convertirnos en unidades familiares aisladas, individualistas, solas, muy solas en la tarea de criar.

Ese encuentro me cambió, en muchos sentidos. ¿Quién soy yo después de esos encuentros, quién era antes?... en fin... ¿Quiénes somos? ¿A ustedes les sale fácil decir quiénes son? La identidad es un proceso nunca acabado y se construye de manera relacional. Somos quienes somos por quienes somos hacia adentro y hacia afuera de nosotrxs mismxs. Somos con lxs otrxs. Y yo quiero contarles un poco quién soy, y desde dónde estoy pensando un aporte al debate sobre las paternidades.

¿Y por qué sería importante dedicarle unos párrafos a contarles esto? Porque lo cierto es que todas las personas hablamos desde un determinado lugar. Entonces, quiénes somos es importante, porque fija el lugar desde el cual se enuncia, y eso establece un límite, un horizonte, y también una utopía.

Soy Débora. Soy mujer cis heterosexual (al menos por ahora), mamá de una niña y un niño pequeños. Soy Psicóloga, pero no de las que pensaron cuando se los dije. No hago clínica, me dedico a la investigación en un área específica y aún poco conocida de la Psicología: la Psicología Política. Soy investigadora del CONICET, profe en la Facultad de Psicología de la UNC y funcionaria en la misma institución. Soy feminista, casi desde el mismo tiempo que hace que soy madre. Pero sería injusto decir que sólo soy feminista porque la experiencia de maternar me invitó a ello y me revolucionó la vida. Muchas experiencias múltiples y personas hermosas me fueron convidando el feminismo, y eso me fue cambiando la vida tanto como me la cambiaron otras experiencias vitales igual de importantes. Soy una mujer que se está redescubriendo en un montón de aspectos, que se pregunta, a veces con

alegría y otras con angustia. Comparto la crianza con mi compañero de muchos años, papá de mis hijes, un varón hetero-cis. Parte de mi identidad es la militancia. He participado políticamente de diversas organizaciones a lo largo de mi vida, y ese encuentro colectivo de construcción de posibles futuros mejores me constituye y da forma a quién soy. Deseo, sueño, me equivoco, aprendo, me angustio, avanzo.

Entiendo a la paternidad como una experiencia social que es relacional, y en su constitución dialoga con las formas que adquiere en nuestra cultura la experiencia de materner. Y no porque todas las duplas de criantes sean hetero-cis (ni porque siempre haya duplas), sino porque la construcción social de las maternidades y las paternidades se erige en diálogo, y a veces en espejo. Diálogo de mandatos, de patrones culturales, de repertorios de acción, de sentires permitidos y prohibidos. De márgenes en torno a lo que significa el rol de unas y de otros, y de otros también. Juegos sociales que se gestaron mucho antes de que nosotres lleguemos, y que establecen márgenes de libertad, cercos que delimitan lo que se puede pensar/hacer/sentir y lo que no. Cercos que, como todos los cercos, se pueden correr más allá o más acá.

Pensar las paternidades desde nuestro rol como hijas

Mi primer lugar ineludible para reflexionar sobre las paternidades se vincula con mi rol como hija, recuperando un saber que tenemos todes: nuestra experiencia como hijes de alguien. Esas experiencias que nos marcan, para bien o para mal, y que forman parte significativa de quienes somos, quienes elegimos ser y –también– de cómo elegimos no ser.

No es sencillo para mí hablar desde allí. Primero porque no es mi registro frecuente de comunicación (yo escribo, básicamente, artículos científicos con hallazgos empíricos). Pero, además, porque no me tocó un padre fácil. Nunca escribí sobre él y no sé muy bien cómo hacerlo, pero me doy cuenta de que no existe manera posible de pensar sobre cómo queremos encarar el rol de crianza, si no revisamos nuestra propia historia y los modelos que hemos tenido al alcance de la mano.

Tengo un papá grande, que hoy ronda los más de 80 años. Un padre que es un ícono bastante significativo de adecuación a las normas hegemónicas

de masculinidad y a los cánones dominantes de paternidad. Un padre como muchos, de esos que laburaron hasta lo imposible para proveernos de todo lo material que necesitáramos, porque les enseñaron que de eso se trataba ser un padre. Un papá que nos abrazó muy poquitas veces, que la expresión de afecto más efusiva que le salía era una palmada en la espalda, y que nunca conversó conmigo sobre mis dolores, mis sueños, mis amores o desamores. Un papá que no nos enseñó a manejar a ninguna de sus hijas, y que obstaculizó bastante la autonomía de mi mamá (que sí sabía manejar, pero que no lo hizo durante gran parte de la vida que compartió con él). Un padre autoritario pero, al mismo tiempo, ausente de la crianza cotidiana (que sólo intervenía para poner orden y, siempre, desde un lugar sumamente intimidatorio). Un papá que no se involucraba en mi vida escolar, excepto cuando se trataba de hacerme unos dibujos hermosos que a mí me encantaban. Un padre que me generó siempre sensaciones muy encontradas: al que le tenía muchísimo miedo cuando se enojaba, que recuerdo con alegría llevándome a la calesita cuando era chiquita, y que miro con profunda tristeza ahora de grande dándome cuenta de cuánto le costó a él mismo, a su bienestar y a su felicidad responder tan férreamente a los mandatos de masculinidad hegemónica.

Un varón que se comió el cuento de que tenía que ser el hombre proveedor de la casa, y que no supo qué hacer cuando la crisis de 2001 lo dejó en la calle sin posibilidad de darle de comer a su familia. Un varón que no supo repensarse cuando las mujeres de la casa comenzamos a tejer vínculos de sororidad entre nosotras para contrapesar su poder. Un padre que se convirtió en un abuelo que se sienta a mirar Tom y Jerry a las carcajadas con sus nietxs (mis hijes), como jamás lo hizo con nosotras. Un varón ya anciano que a veces quiere reconectar y conversar con nosotras, pero que nunca aprendió cómo hacerlo. Un varón que sufrió y sufre cotidianamente lo que el patriarcado le costó, todo el bienestar y el afecto del que lo privó, y todas las trampas que le tendió.

Soy de esas hijas que sufrió un padre patriarcal y dominante. Pero que hoy mira todo eso que el patriarcado nos hizo, a través de él, a las mujeres de la familia, y siente una profunda pena no sólo por nosotras, sino también por él, que se le fue la vida comprando una mentira. ¿Qué le dejó el cumplimiento a rajatabla de ese mandato de masculinidad? Soledad, aislamiento, desconexión, sufrimiento (propio y ejercido sobre otras).

Sé que mi padre no es un caso excepcional. Sé que muchxs de ustedes tienen o tuvieron padres así...o son padres que repiten ese molde. Déjenme decirles, con total certeza, que ese molde sólo trae sufrimiento, desamor, desamparo. Para todes. Yo miro para atrás en mi historia y siento una profunda tristeza por la vida que vivió mi padre, y por la que él nos hizo vivir a nosotras y a mi madre. Creo que mi padre nunca entendió (aun hoy) que el autoritarismo y el control no tienen como efecto el amor de lxs otrxs, sino su sumisión, su obediencia y –a veces– también su miedo y su rebelión.

También recuerdo cosas lindas de mi padre, por supuesto. Su pasión por la música, su profunda curiosidad, su capacidad de oratoria, su sentido de la responsabilidad y el trabajo. Sus esfuerzos excesivos como laburante de clase media baja para juntar el mango, con largas y extenuantes jornadas laborales, frecuentemente mal pagas y con pocas garantías de derechos. Su convicción, y la de mi mamá, por fomentar en nosotras el estudio. Soy la primera universitaria de mi familia, y eso se los debo a ellos.

Ese padre que me tocó supuso para mí convertirme en la hija que fui y que soy. Impactó de forma significativa en el tipo de madre que elijo ser, y en el tipo de padre que elegí para mis hijes. Creo que nos pasa un poco a todes, por opción o por oposición. Así de estructurante es la presencia de los padres, incluso cuando no están.

El padre que me tocó me ayudó a ser la hija que soy, pero no le deseo a nadie tener un padre así ni seguir ese modelo de paternidad. Estoy convencida de que los feminismos aportamos una mirada renovada y sumamente subversiva, que abraza la posibilidad de construir un mundo mejor para todes, donde cada quien pueda vivir una vida digna de ser vivida. Y sé que ese cambio que proponemos desde los feminismos sólo es posible si advienen otras masculinidades y, de su mano, otras formas de paternar.

Reinventar la crianza al protagonizarla

Haber crecido en un ambiente de fuerte reproducción de los estereotipos de género, heteronormativos y profundamente machistas que propone el patriarcado generó las bases, incluso antes de ser feminista, del tipo de maternidad que yo quería construir y del tipo de paternidad que quería garantizar para mis hijes. Crecí, como muchas de nosotras, con la certeza

incuestionada de que la maternidad era un destino que todas las mujeres debíamos cumplir en algún momento de nuestras vidas. Me la pasé jugando con muñecas, aprendiendo a cambiar pañales, dar maderas, identificar las necesidades de mis muñecas y –también– de todas las personas de la familia. Aprendí a cuidar, a preocuparme por los demás, a ser empática, a gestionar una casa, a planificar y ejecutar las tareas necesarias para la reproducción del ámbito doméstico. Incorporé anhelos de realización profesional que me vinculaban a las disciplinas feminizadas, donde las mujeres seguimos garantizando los cuidados, desde otros roles. Jamás se me cruzó por la cabeza ser astronauta, física, ingeniera. También entendí, tempranamente, que si quería garantizar el bienestar de mis futuros hijos tenía que conseguirme un buen padre para ellos, uno distinto del que me había tocado a mí. No era todavía feminista, pero tenía una profunda comprensión del dolor que una paternidad hegemónica genera en todas las personas.

Después tuve la suerte de “caer en la universidad pública”. Paradójicamente, el empuje de mi padre (y, por supuesto, de mi madre) para que estudie y vaya a la universidad, me dieron más herramientas para mirar críticamente el tipo de paternidad que él construyó. Comencé a militar en espacios progresistas y de izquierda, conocí compañeros y compañeras de cursada y de militancia que ampliaron mi marco de comprensión del mundo. Conocí personas que tenían padres cariñosos, que les manifestaban afecto, que conversaban con ellas, que ejercían otro tipo de paternidad. Profundicé mi disidencia con el tipo de varón que era mi padre, y mi rechazo a las formas de vivir la vida que proponen el capitalismo y el patriarcado.

Y conocí a mi compañero, el que hoy es padre de mis hijos. Un varón que comparte algunas características de mi padre (su pasión por la música y por los autos), pero que se sitúa en las antípodas de la construcción de masculinidad que yo conocí, ésta de mi padre y también de otros varones que me pusieron a sufrir. Respetuoso, cariñoso, que no putea, que no come carne, que no le gusta el fútbol, que cocina y limpia la casa. Un desertor de la masculinidad dominante que, como tantos otros varones como él, fue cuestionado por sus pares cuando se alejaba de lo esperado. Con él decidí formar una familia (primero, claro, me aseguré de terminar la universidad y doctorarme, con la certeza de que la maternidad supondría un retraso en mi carrera académica, más obstáculos para mi desarrollo personal, y una

renuncia para cuidar de mis hijos que –hasta el momento– estaba poco deconstruida y criticada).

Hasta ahí conocía poco de los feminismos, porque entendía como más urgente la lucha contra el capitalismo que contra el patriarcado. No comprendía aún la tremenda articulación entre los diversos sistemas de dominación, y creía que la lucha de clases eliminaría todas las formas de desigualdad y opresión. Creo que para mí fue mucho más sencillo mirar críticamente al capitalismo, que al patriarcado, porque a este último lo tenía muchísimo más naturalizado y sus efectos perjudiciales me resultaban aún opacos. Lo escribo y me doy cuenta de la tremenda eficacia simbólica que tiene, y el denso velo que lo cubre en la vida cotidiana. Como niña, como adolescente, como mujer, fui víctima (como todas nosotras) de numerosas violencias de género, incluyendo situaciones de acoso sexual de las que no fui plenamente consciente hasta que el feminismo me ayudó a desnaturalizarlas. Tengo 39 años, y tengo recuerdos de estas violencias desde –al menos– los 6 años. Sufrí acoso callejero, bullying gordo-odiante, al menos dos hombres me mostraron sus genitales en la vía pública cuando era niña, un varón se masturbó enfrente mío en la calle una noche que iba a tomarme el colectivo cuando salía de la universidad, otro varón más grande que yo me manoseó cuando era niña, algunos varones que me gustaban me expusieron a prácticas no consentidas, y compré todos los mitos del amor romántico de todas las novelas y películas que miré a lo largo de mi vida, y desde los cuales se justifican innumerables violencias hacia las mujeres en “nombre del amor”. Tengo miedo de ser violada desde que tengo recuerdo, camino rapidito cuando paso por los lugares en los cuales los varones pueden decirme cosas, y me cruzo de vereda cuando voy sola y hay un varón caminando detrás de mí. Pero no fue hasta que conocí al feminismo que pude vislumbrar realmente todas estas situaciones, ver la violencia que hay en ellas y comprender cómo se articulan a la reproducción del patriarcado. Es más, no fui consciente de las innumerables violencias de género cometidas por mi padre, hasta que me encontré con los feminismos.

Y ese salto cualitativo y comprensivo lo di cuando me convertí en madre. Hay que decir, no menos importante, que mi hija nació en diciembre de 2015. El mismo año del primer grito de NiUnaMenos, el año que ganó Macri, el año que vi por primera vez en mi vida una serie de zombies (como para

convencerme, creo, de que había un escenario aun peor que ése que comenzábamos a vivir en Argentina). Hasta aquí había construido una serie de certezas sobre lo que quería que forme parte de mis prácticas de crianza. Había escrito una tesis doctoral sobre socialización política e infancia, había trabajado con niños y niñas, y sabía –en la teoría– lo que quería que sucediera en el vínculo que mi compañero y yo tendríamos con nuestrxs hijxs. Pero claro, eso era la teoría.

En lo concreto, comenzar a maternar y paternar fue de las cosas más difíciles que tuvimos que hacer en nuestras vidas. Y, a pesar de tener ambas certezas convicciones sobre cómo queríamos que ello fuera en función de nuestra afilada mirada crítica sobre las formas en las cuales habíamos sido criados, en lo cotidiano nos pasó que la tarea fue mucho más difícil de lo que imaginábamos.

Es que se trata de una experiencia subjetiva nueva, y en tanto tal es desafiante, es desorientadora, es –incluso– un poco desquiciante a veces. La maternidad y la paternidad son prácticas, son un hacer concreto que nos da identidad, que se convierte en un acto performativo: hay un antes y un después de esa experiencia en nuestra identidad. Es, además –y como hemos dicho– una experiencia que no comienza cuando nace o llega unx hijx, sino que se inscribe en toda una historia biográfica y socio-histórica que es previa. Maternar/paternar es too much!!! ¿Cómo lo hacemos? ¿A todes nos pasa que pasamos por esa desorientación? ¿En qué medida esa desorientación podría ser una excelente oportunidad para construir nuestra experiencia de paternar o maternar desde un lugar crítico y emancipado? ¿Nos damos la posibilidad de que esa crisis vital que supone el nacimiento o la llegada de unx hijx nos interpele y nos sitúe ante la emergencia de nuevas formas de ser-en-el-mundo? Por supuesto que se trata de un proceso sumamente subjetivo y singular, pero es preciso que veamos también que se trata de una experiencia que es universal, y que se encuentra fuertemente moldeada por el contexto socio-histórico, político y cultural.

Para nosotrxs fue difícil, en primer lugar, porque los vínculos de crianza son justamente eso, vínculos que se establecen entre adultxs e infancias. La crianza es una forma de relación social y, como toda relación social, es una relación de poder, marcada por la articulación de varias “asimetrías relacio-

nales” (Bonino, 1996)². Una de ellas es, sin dudas, la que se establece entre varones y mujeres en el marco de relaciones heteronormadas (es decir, en las cuales la heterosexualidad obligatoria es la norma). Pero también hay otra subalteridad frecuentemente más naturalizada e invisibilizada que la recién mencionada: hay una relación de poder intergeneracional, de dominancia de lxs adultxs hacia las infancias, que genera condiciones de desigualdad.

Si bien yo había criticado fuertemente al adultocentrismo en mis trabajos académicos y en mis experiencias de trabajo territorial con infancias, otra cosa muy distinta era pensar cómo se iba a poner en juego mi propio adultocentrismo en mis prácticas de crianza. Cuando empezamos a maternar o paternar solemos pensarlo de manera unidireccional, como experiencias que se articulan desde el mundo adulto, y que inciden sobre las infancias. Eso, frecuentemente, nos pone en lugar de sujeto-supuesto-saber (nosotrxs, lxs adultxs, somos quienes “saben”) y deja al poder cristalizado de nuestro lado. Desde esa mirada, nos perdemos toda posibilidad de convertirnos en aprendices en ese vínculo. Mi compañero y yo partíamos desde ahí, sin darnos cuenta de las limitaciones de nuestra mirada desde el mundo adulto. Y nos tocó una hija que nos sacudió las estructuras, que nos cuestionó (y nos cuestiona) profundamente con sus preguntas incisivas e inteligentes, que nos desbarajustó las certezas y nos puso de frente a nuestras propias contradicciones. Y cuando más o menos habíamos ensayado un poco esto de ser mapadres, y habíamos construido algunas estrategias para *hacer* con esa situación tan desconcertante que es empezar a criar, llegó nuestro hijo –igual de inteligente, incisivo y creativo– y nos mostró que teníamos que seguir aprendiendo, porque cada hije es distintx, y las respuestas no son nunca las mismas.

La tarea de maternar/paternar también se dificultó porque habíamos aprendido que esto de ser mapadres era cosa de la familia nuclear, del grupo reducido, sin tribu. Crecimos sin tribu, en un contexto socio-cultural que, signado por el capitalismo neoliberal, afianzó prácticas de crianza en solitario, individualistas, sin apoyatura comunitaria. En el mejor de los casos, con algún

2. Bonino Méndez, Luis (1996). *Micromachismos: la violencia invisible en la pareja*. Primeras Jornadas de género en la sociedad actual. Valencia: Generalitat Valenciana, 25-45.
[Disponible en PDF](#)

apoyo de la familia extensa, y una gran carga de trabajo de cuidado no remunerado por parte de abuelas y tías. Yo no comprendí realmente el impacto profundo que eso tiene en nuestras vidas, hasta que formamos una familia y corroboramos la tarea imposible que es criar en soledad.

Por otra parte, tanta situación desafiante y desestructurante nos situó (o al menos a mí) ante la pregunta sobre el deseo. ¿Será que yo realmente deseaba ser madre? (pregunta contra-fáctica e imposible, claro, porque ya lo era) ¿O era parte de una reproducción de lo que se esperaba que yo fuera y deseara por el simple hecho de ser mujer? Sin respuestas claras a esas preguntas, intenté asegurarme de que mi hija pudiera comprender, desde muy pequeña, que la maternidad no es destino. Y me sentí muy feliz un día en el que, con apenas 5 años, ella dijo: “mamá, cuando yo sea madre” e interrumpiéndose abruptamente agregó: “bah, si es que yo **decido** ser madre cuando sea más grande”. Listo, lo había comprendido, y a mí se me llenó el cuerpo de alegría.

Y ahí, claramente, me surgió también la pregunta por el deseo de los varones. Porque en la cultura popular el deseo de lxs hijxs es siempre un deseo femenino que se da por supuesto. Pero, ¿qué pasa con los varones?, ¿es la paternidad destino para ellos? ¿es elegida, o es reproducción de un mandato, de una expectativa? ¿Cómo se articulan los mandatos de género al deseo de ser padre y qué se pone en juego allí? ¿Cómo se expresan en los varones las ambivalencias propias de la paternidad, las dudas, los miedos, las contradicciones? ¿Con quiénes hablan los varones de estas situaciones? ¿Nos preguntamos sobre los efectos que tienen las maternidades y paternidades que responden a los estereotipos y los mandatos de género sobre nuestra salud, sobre nuestra sexualidad, sobre la relación de pareja (si es que la hay)? ¿Cómo conviven la responsabilidad y el disfrute en estas experiencias? Son preguntas que no me he podido responder aún, pero que creo que debemos sostener constantemente, para que la interpelación nos saque de la zona de confort y nos lleve a imaginar nuevas respuestas.

Los modelos (hegemónicos) con los que contamos

Pero sobre todo, el desafío de construir nuestro rol como criantes emergió cuando comenzamos a encontrarnos con las limitaciones que teníamos (y aún tenemos) en función de los roles y estereotipos de género que había-

mos aprendido. La experiencia de paternar o maternar no viene determinada genéticamente. Es una experiencia que si bien es universal (en todas las culturas hay adultos criando, acompañando el crecimiento de las nuevas generaciones), tiene marcas culturales específicas. Así, a lo largo de todo nuestro proceso de socialización, vamos aprendiendo roles y expectativas sociales asociadas a nuestras identidades de género. Las mujeres aprendemos que se espera de nosotras que seamos “buenas” madres, solícitas, disponibles para nuestros hijos y nuestras parejas, multitasking, sacrificadas, que resignemos nuestro propio bienestar por el de otros (y, sobre todo, por el de nuestros hijos). Y aprendemos, también, a sentir una culpa inabarcable cuando no cumplimos con esos mandatos. Los varones van decodificando que lo que se espera de ellos se sitúa sobre todo en el ámbito de lo público, con gran protagonismo fuera de casa, y un rol poco involucrado puertas adentro. No juegan a ser papás, no se les enseña a limpiar, a cuidar, a pedir perdón, a expresar sus emociones, a empatizar con las emociones de otras personas ni a escuchar atenta y activamente.

Esos modelos nos los vamos apropiando en los distintos ámbitos de socialización por los que pasamos: por supuesto, en casa, con las figuras adultas que forman parte de nuestras vidas, y con cómo esas personas nos han cuidado y criado. Pero también en la escuela, con lo que dice la señora (que es siempre una mujer), con lo que nos hacen leer en los libros, o con el tipo de tareas que nos dan de forma diferencial a niñas y niños. Además, las producciones de la industria cultural se aseguran de transmitirnos cuál es el molde esperado y cuáles son los rechazados, a través de programas de televisión, novelas, series, dibujos animados, noticieros, libros de cuentos y canciones populares. Así que ahí vamos, incorporando modelos y marcas culturales que se inscriben en una cultura androcéntrica, patriarcal, capitalista, cisheteronormativa y monogámica (que es, a menudo, muy contradictoria).

Esas marcas culturales se concretizan en modelos de paternidad y maternidad específicos, en formas culturales desde las cuales se espera que criemos (que, además, como desarrolla Martín en su texto, son históricas). Nos guiamos entonces por esos repertorios que conocemos a partir de la existencia de padres concretos (nuestro padre, los padres de nuestros amigos, un tío o abuelo que también era padre, etc.), pero también en función de los modelos culturales que circulan en los medios, en la publicidad, en los

cuentos que nos leyeron, en los bienes culturales que consumimos. Esos modelos están legitimados, y están naturalizados (nos resultan “obvios”, incuestionables e incuestionados, “normales”). De hecho, la fuerte eficacia simbólica que tienen estos modelos se vincula con esa naturalización y, también, con la reiteración: los moldes esperados están en todos lados.

¿Te preguntaste alguna vez cuáles son los moldes que te propusieron a vos en tu crianza y a lo largo de todo tu proceso de socialización? ¿Cómo llegaste a ser quién sos y cómo eso se relaciona con esas experiencias biográficas? ¿Te preguntaste si realmente tenés deseos de paternar o maternar, y si ese deseo (o su ausencia) son realmente tuyos?

Yo sí me lo vengo preguntando, mucho, y con cada pregunta se me abren otras sin terminar de responder nunca ninguna. Pero está bien, de eso se trata, de seguir preguntándose. Yo tengo en claro el modelo de padre y de madre con los que me crié, y sé cuánto de eso quiero abandonar y a qué cosas específicas elijo dar continuidad. Pero, a pesar de ello, me sigo encontrando todos los días con reiteraciones de modelos que no elegí, pero que se me cuelan en la vida cotidiana. Por ejemplo, yo sé que quiero una configuración familiar con corresponsabilidad en los cuidados, donde mi compañero y yo seamos equitativos en la distribución de tareas. Sin embargo, todos los días siento –en algún momento– que mi compañero me expone a situaciones de desventaja sin darse cuenta. Siento, incluso, que mis propios hijos me demandan más a mí y que con esa demanda también colaboran en la configuración de situaciones de desigualdad. Y me siento muy mezquina y siento mucha culpa cuando veo esas situaciones y las señalo, porque aprendí que ser una buena madre era bancarse esas renunciadas al tiempo propio, al espacio de ocio, a la dedicación a una misma, sin decir nada ni reclamar. Peor aún, todos los días me encuentro yo misma generando situaciones desiguales, injustas hacia mi compañero, o poco capaz de ver y reconocer las tareas cotidianas que él garantiza. Incluso, a veces la lógica competitiva se nos cuelan sin permiso, y nos encontramos entrapados en el cálculo de quién hace más y mejor, y en una espiral de reclamos poco amorosos.

También me pasa que muchas veces en lo cotidiano no sé dar lugar para que mi compañero asuma un rol más protagónico en algunas tareas de la crianza. Me di cuenta un día que estaba entrando a la sala de la pediatra con mi hija y ella, con su habitual interés por hacernos preguntas difíciles

(incluso a sus 5 añitos), me dijo: “¿por qué siempre me traés vos a la doctora? ¿por qué no me trae papá? Yo diría que porque él es varón, pero los varones también pueden hacer estas cosas”. Y ahí me di cuenta que era yo quien no habilitaba ese lugar para su papá. Yo siempre me encargo de llevar a lxs peques a la doctora, siempre. Voy, y anoto todas las indicaciones en un cuadernito, presto atención a todo lo que la doctora dice mientras al mismo tiempo estoy atenta a que lxs peques no le den vuelta el consultorio. Simultáneamente, contrasto en mi cabeza las informaciones que ella me va dando, con lo que yo ya sé sobre el tema o con el último artículo científico que leí sobre mocos en la infancia. Hago mil tareas cognitivas en simultáneo, y me siento ridículamente orgullosa de mi capacidad multitasking en ese momento. Saco pecho, y me siento una súper mamá. A nuestro regreso, le traduzco a mi compañero todas las indicaciones, pego papelitos en la heladera con los horarios del remedio aunque sé que él no mirará los papelitos, no se acordará del remedio y que a mi lista interminable de alarmas del celular agregaré las nuevas alarmas medicamentosas. Miro la situación y me parece injusta, al tiempo que me preocupa (¿qué pasará con los remedios de mis hijes si a mí me pasa algo? Debería ir advirtiéndole a mi hermana o a mi mamá que ellas deberán hacerse cargo si yo falto, porque mi compañero suele olvidarse de esos detalles). Pero lo cierto es que en la reproducción de esa situación inequitativa colaboramos los dos. Él porque no hace activamente nada para alterar la situación y hacerse un lugar en esa dinámica (quizás porque es más cómodo reposar en que lo haga yo, quizás porque no encuentra por dónde hacerse un lugar). Yo, porque estoy profundamente convencida de que voy a hacer la tarea mejor que él, que me voy a acordar más, que voy a estar más atenta a lo que diga la doctora, y porque sé que he aprendido a ser multitasking y puedo procesar sin dificultad (pero no sin costo) toda esa nueva información que se agrega a nuestra rutina cada vez que vamos a la pediatra con mocos chorreando y toses aturdiendo.

¿Cómo podemos, entonces, construir una crianza corresponsable y equitativa si no nos salimos ambos de esas posiciones aprendidas? Las situaciones de crianza no son siempre así de ideales, con compañeros que –incluso cuando no les sale– están dispuestos a la tarea de mirar críticamente sus privilegios y articular otras formas de paternar. De hecho, la mayoría de las situaciones no son así, sino que de manera masiva las formas de ejercer la paternidad se vinculan más bien con la reproducción de múltiples violencias

cotidianas. Aun así, no hay situaciones ideales, porque estamos tratando de criar de forma no machista y contra-hegemónica en un marco social y cultural profundamente machista, patriarcal y desigual. Y eso se ve claramente reflejado en las políticas de licencias laborales (que otorgan menos tiempo de licencia a los varones cuando nace o llega unx hijx), y en las dinámicas esperadas en los lugares de trabajo (donde nadie se asombra cuando las madres pedimos permiso para faltar porque nuestrx hijx está con fiebre, pero sí cuando es el papá quien se encarga de cuidar en esas situaciones). Por eso, la tarea se torna imposible si la pensamos de manera individual y, aun, en la dupla de criantes (cuando hay dupla).

Desandar estas formas de paternar y maternar requiere necesariamente de la articulación colectiva, del encuentro con otrxs para pensar y pensarnos, de la gestación de acciones de incidencia en lo social. Las feministas nos venimos preguntando un montón de cosas, aportando claves para pensar cómo dar nacimiento a un mundo más justo. Pero es una tarea imposible sin los varones. Necesitamos hacerles lugar en la lucha, interpelarles (a veces, a algunos, amorosamente; otras, a los más violentos y reaccionarios, de formas más enfáticas), invitarles, cuestionarlos, demandarles otro rol. Nadie “nace macho”, a ser violentos los varones aprenden, a reproducir injusticias también.

Los varones que ejercen violencias son la mayoría, lo digamos con claridad. Algunos ejercen formas extremas y sumamente obscenas de la violencia, violando, acosando, matando, golpeando. Otros, ejercen formas cotidianas, más invisibilizadas y sutiles. En ninguno de los casos esos varones son enfermos, tienen una patología, ni nacen así. Lo aprenden en el marco de un proceso de socialización en los mandatos de masculinidad que se inscribe en el capitalismo y su necesidad de perpetuación de las desigualdades.

Necesitamos otras masculinidades y, de su mano, otras paternidades. Los varones no sólo centralizan el poder en su expresión como dominio, control, y autoridad (o más bien, autoritarismo). También se apropian de la autoridad epistémica: poseen el privilegio de la definición semiótica del mundo, y son en ese marco quienes tienen el saber (incluso en campos sociales y disciplinares fuertemente feminizados). El problema es que esa posición no sólo nos priva a nosotras de autoridad epistémica, sino que viene de la mano de una trampa. Si ellos saben, entonces no se equivocan pero, al mismo tiempo, “no pueden” equivocarse.

Y necesitamos que se equivoquen muchachos, y que se reconozcan desde la ausencia de saber y certezas. Que prueben articular colectivamente otra forma de ser varones y de paternar, y que se permitan en esa experimentación, equivocarse. Una equivocación orientada por una ética feminista del cuidado que permita aprender del error, ensayar nuevos caminos, nuevas formas de vinculación con sus parejas y con sus hijos. Una equivocación que no se convierta en justificatoria de nuevas violencias, sino que amplíe los márgenes de la experiencia masculina hacia territorios de equidad y justicia. Un ensayo-error con otros, en el encuentro con otros varones, en la gestación de nuevas formas de homosociabilidad masculina. Bard Wigdor (2021)³ afirma que la construcción de la masculinidad dominante supone la reducción de las diferencias entre los varones y el aumento de las diferencias con las mujeres, lo cual ratifica una “otredad uniforme” que oculta la diversidad hacia el interior del propio colectivo de varones. Por eso es importante enfatizar la naturaleza plural y diversa de la experiencia de paternar, y darse espacios para el encuentro con otros varones y el compartir de vivencias.

Se trata, sin dudas, de una tarea desafiante, y plagada de contradicciones. ¿Se puede ser un padre cariñoso, expresivo, comunicativo y ser machista? Ser un padre presente, cariñoso, responsable, ¿ya es sinónimo de ser un padre no machista y que no reproduce violencias cotidianas? Problematizar las formas en las cuales se nombran a las paternidades no tradicionales nos va a permitir complejizar la mirada, e identificar qué del patriarcado insiste, y se camufla y fagocita en las nuevas formas de paternar que ensayan algunos varones. Oímos hablar de paternidad corresponsable, paternidad activa, “nuevas” paternidades, paternidad positiva, paternidades emergentes, “en construcción”, “contemporáneas”, alternativas, presentes, divergentes. ¿Da lo mismo cualquiera de estas definiciones? ¿Son todas igualmente contra-hegemónicas? ¿Se articulan todas a un mismo proyecto de sociedad, y de relación entre los géneros? Sé que es mucho. Y sé que algunos varones tienen la sensación de que ahora se les exige más como padres, que antes alcanzaba con menos, que con menos se cumplía con la expectativa social. Lo cierto es que este cambio es éticamente urgente, socialmente necesario,

3. Bard Wigdor, Gabriela (2021). *Masculinidad hegemónica y violencias de género: Aproximaciones conceptuales sobre el tema*. Clase en el marco del curso “Introducción a la problemática de las violencias de género” (5ta edición), Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba.

y que augura una forma de ejercer la paternidad que redundará en bienestar para todes, incluidos los propios varones.

Muchas mujeres ya estamos en ese camino de deconstrucción (también muchos varones, pero aún con niveles de organización colectiva y disputa social y política relativamente menor). Nos estamos preguntando por las formas en las cuales aprendemos a maternar inscriptas en roles y estereotipos marcados por el patriarcado. Nos cuestionamos cuando nos encontramos callando para que nuestras parejas no se enojen, o para que no se angustien, o para que no se sientan mal, o para que no vean lastimado su ego. Nos interpelamos cuando los cubrimos con sus hijos, en un intento por protegerles de las limitaciones de sus padres. Nos preguntamos enfáticamente cómo vamos a hacer para criar a nuestros hijos varones para que no reproduzcan la masculinidad hegemónica y para que, si eligen paternar, lo hagan desde otro lugar. Pensamos continuamente cómo interpelar a los varones, cuánta actitud pedagogizante tener, cuánta paciencia, cuánta impaciencia.

Personalmente, me pregunto muchísimo cómo interpelamos las madres feministas a los varones. Intento pensar cuál es la mejor manera posible, si es que hay una manera mejor que otra. Me veo ensayando diversas formas en función de si se trata de mi compañero de crianza, de un amigo, de un colega de la universidad, de un taxista que me mete en una conversación no solicitada, o de alguien que viene a un taller o a una charla que doy. Me reconozco con más margen de maniobra cuando me encuentro con varones que están genuinamente pensando cómo construirse desde un lugar-otro al del patriarcado. Me reconozco con muchísima dificultad para hacerlo con varones que aún se encuentran sumamente alienados al modelo hegemónico, que aún no ven las grietas del molde dominante. Y me reconozco profundamente intolerante e incapaz de establecer diálogo y escucha con los varones que ejercen formas cruentas de violencia, quedándome sin respuestas y sintiéndome habitada por la bronca, la ira y la indignación.

Sé que ninguna de esas posiciones la puedo construir sola. Y que los varones aliados tampoco pueden lograrlo solos. Que necesitamos tejer redes, construir una urdimbre de resistencias y de propuestas alternativas, para construir juntas el mundo que queremos para nuestros hijos y, sobre todo, para nuestras hijas e hijos.

¿Y ahora qué hago con todo esto?

Me lo pregunto todo el tiempo. Y me lo preguntan algunos varones cuando conversamos sobre este tema, o cuando hablo sobre esto en alguna capacitación. Lamento decirles algo que ya saben: no hay recetas. Creo que, a lo sumo, podemos articular algunas coordenadas que nos permitan orientarnos en la profunda y necesaria desorientación en la que andamos. Una de esas coordenadas es, sin dudas, **subjectiva**. En lo individual, en lo singular de cada quien, necesitamos comenzar a aceptarnos como figura materna o paterna, mirarnos como el padre o la madre real que somos, más allá del padre/madre ideal o normativo. Articular una mirada crítica sobre sí, sobre nuestras prácticas y vivencias, favoreciendo el ejercicio autocrítico, y abandonando la reproducción acrítica y alienada de la vida cotidiana naturalizada (Bonino, 1996). Pero creo que debemos hacerlo de una manera amorosa. Al sistema le sirve nuestra autocrítica destructiva, le sirve que nos inseguricemos y andemos de capa caída y con la autoestima por el piso. No es fácil, pero creo que ese ejercicio de revisión personal crítica debemos hacerlo de forma amorosa, aprendiendo a cuidar de nosotrxs mismxs.

Esto implica también reconocer cuáles son las cosas que estamos haciendo bien, y ésa es una tarea muy difícil, porque frecuentemente nos señalan todo lo que hacemos mal. Hay como un ritual ponzoñoso en este sentido. Casi como una revancha generacional, nos suele pasar que nuestras madres, abuelas, tías (sobre todo mujeres, pero también varones), nos señalan todo el tiempo lo que estamos haciendo mal en la crianza. Solapada con forma de supuesta recomendación u orientación (frecuentemente no solicitada) nos indican que estamos malcriando (criando mal ¿no?), que lo estamos haciendo mal. Creo que tenemos que ser más humildes y comprensivxs con quienes están intentando, bienintencionadamente, criar hijxs en este mundo complejo (tan complejo como lo fue siempre), y acompañar amorosamente esas crianzas. Tengo una amiga octogenaria, la Eloisa, que fue –hasta el momento– la única representante de la generación anterior que nos dijo que lo estábamos haciendo bien. Con su calidez característica, un día al pasar nos dijo: *“debe ser que lo están haciendo muy bien, porque sus hijxs son alegres y están felices”*. Me hizo llorar, nunca nadie me había dicho que lo estaba haciendo bien.

También en el plano individual, pero en clara articulación ineludible con lo colectivo, algunas madres estamos haciendo algo con los mandatos que nos imponen, por la vía de ser “malas madres”. Somos malas madres cuando no respondemos irreflexivamente a los mandatos hegemónicos de la maternidad que el patriarcado necesita que ejerzamos. Somos malas madres cuando nos reconocemos como mujeres deseantes, y no sólo como madres. Al principio me sentía sumamente culpable cuando me encontraba siendo mala madre. Hasta que me di cuenta que ello no sólo me hacía más feliz y plena, me acercaba a mi horizonte de realización personal, sino que siendo mala madre le estaba mostrando a mis hijxs otro modelo de crianza, uno en el que todas las partes seamos felices en la tarea en un marco de relaciones más justas y equitativas.

Estas coordenadas subjetivas también requieren incluir en la caja de herramientas la ampliación del registro perceptivo sobre nuestras propias formas de reproducir lo instituido hegemónico. El sistema se reproduce porque todos lo sostenemos, lo legitimamos, lo justificamos, de diversas maneras y –muchas veces– sin darnos cuenta de ello. Es necesario que nos zambullamos en un proceso continuo de construcción y de-construcción que, sin dudas, es un lugar inalcanzable. Es, justamente, un proceso, no un lugar al que se llega. Y creo que tenemos que darnos a la tarea abandonando el drama y aprendiendo a reírnos de nosotrxs mismxs (cosa que es de las que me resulta más difícil). Salirnos del lugar de supuesto saber, reconocernos en un lugar de aprendizaje, y reírnos cada vez que metemos la pata intentando salir de la reproducción del molde.

También necesitamos coordenadas que nos orienten desde la dimensión **vincular**, en el establecimiento de otro tipo de relaciones con nuestrxs hijxs y, también, con nuestrxs compañerxs de crianza. Resulta esencial sostener las preguntas más desestabilizadoras: ¿Qué paternidad / maternidad es necesaria para fomentar el protagonismo epistémico de nuestrxs hijxs? ¿Cómo fomentamos su autonomía si no les permitimos ejercer el cuestionamiento a nuestra figura? ¿Qué modelo de paternidad / maternidad les estamos proponiendo si no revisamos nuestras propias formas de criar?

Y, sin dudas, las coordenadas que necesitamos no pueden prescindir de la dimensión **política**. La crianza es una práctica política, que puede orientarse por el autoritarismo, la inequidad y la injusticia, o que puede constituirse

en escenario de rebeldía, de cuestionamiento a lo instituido y de gestación de horizontes de transformación. En el fondo, creo que la pregunta central es cuál paternidad / maternidad para cuál horizonte social y político. ¿En qué medida una nueva paternidad / maternidad permite abonar un cambio cultural y político? Y allí, emerge el dilema ético que debe orientarnos desestabilizadamente: ¿vamos a seguir ejerciendo esas formas de dominio y control habiendo sido ya consciente de sus efectos? ¿cómo vamos a hacer para avanzar colectivamente en el “desarrollo de relaciones más cooperativas, honestas e igualitarias”? (Bonino, 1996, p.8) ¿Es posible construir una crianza más justa si no interpelan los varones sus propios privilegios? ¿Se puede avanzar hacia formas más consensuadas, justas y democráticas?

No sé a ustedes, pero a mí tanta pregunta me genera ansiedad y vértigo, y también un cosquilleo lindo en la panza, ése que sentís cuando sabés que estás augurando un tiempo nuevo, que estás involucrándote en la hermosa tarea de construir, con otros, otro mundo posible.

15 Semanas

Santiago Merlo
10 y 11 de noviembre 2021



SANTIAGO Y VICTORIA, FOTO DE CAROLINA ROJO

Es una de esas noches en que te pienso en mis brazos, escalando por los planetas que nos traen las enseñanzas de todas tus vidas maestras antes de ésta.

Con los escudos por el piso, me entrego a que me vulneren tus babas, el sol que entra por la ventana, el olorcito a tostadas calientes con manteca casera hecha de natas.

La cotidianidad que recorro en mi imaginación hace tantos años, por fin está llegando ante el fracaso de los monstruos bajo la cama, en las calles, las escuelas, en los medios, en los templos, en las casas.

Gestándote le damos al odio la peor de las estocadas: existir, resistir, nacer, renacer y amar, amar tanto que los maquillajes caen y se deforman sus muecas. Se rompen sus uñas y huesos, la guadaña le hace rodar su propia cabeza, enviándolo a cuevas profundas al vil rastrero.

Somos el triunfo sobre la lápida que habían planeado sistemáticamente para nosotres.

En esa placenta que te resguarda y alimenta, están exorcizadas todas nuestras pérdidas, los dolores y las soledades que hoy sucumben y se retiran dándole el podio a su vencedor: ¡Vicente!.

Y el sol estalla en risas, en los rosquetes, las tortillas, los tamales y las siestas de las tierras santiagueñas de tu madre. En los churquis, los arroyos, los dientes de león, la peperina, la cúpula de estrellas fecundando las sierras comechingonas de tu padre. Y una hermana que te siente crecer, y te espera para compartir el juego, la mesa, los viajes; y la trama afectiva que se fue enredando en brebajes y aquelarres, protegiéndola, protegiéndote de todo, todo, todo. Hay momentos en que deseo que este instante, esta etapa, se detenga para saborear un poco más la brisa de la primavera y la incertidumbre.

Estás en viaje y yo salgo hasta la tranquera a mirar cada día hacia donde se pierde el camino

Cuesta arramar la ansiedad y soltar la bienvenida, en un mundo paralelo y una realidad desconocida.

Análisis, estimulación, estimulación, medicación, aspiración, transferencia, FIV, 6 de agosto, vetas, ecos, translucencia, medidas, imágenes deformes que me parecen hermosas, blisters, inyecciones, miles de kilómetros de ruta, clínicas, trámites, noches de desvelo, más trámites, mañanas de silencio... consentimiento informado, cientos de formularios, 20 de agosto, datos duros, corazón blando, ronfase, progesterona, alfajores, terminales, estaciones de servicio, controles policiales y de la presión, ácido fólico, óvulos, hierro, dextitol, voluntad procreacional.

Pandemia en el mundo y en el nido que no se salva de ella.

Soberanía sobre el cuerpo, hasta sobre lo que nos pone en tensión. ¿Cuándo comienzan realmente los latidos? Vida...

Incorporé cada palabra como quien aprende un idioma desde cero, con todos los giros de sus dialectos.

Me sorprendo sonriendo en distintos momentos del día... antes, jamás me pasó.

Creamos un vínculo nuevo, acariciándonos cada mañana con capas y capas de piel entre nosotros. Otros me verán hablándole raro a una panza, sin embargo, ese tacto contacto es la primera señal del puente invisible que ojalá dure toda la vida.

Hijo mío, hijo nuestro, hijo de la tierra y de cada conquista, incluso las que corresponden a las circunstancias de tu llegada.

En tu galaxia donde todo se queda quieto, se mueven los engranajes entrañas de mamá para arrullarte calentito, mientras los grillos ensayan nombres para vos, como les tías de todos los colores, procedencias y sabores.

Por ahora serás para mí gladiador de juguetes y gatos, pirata de barcos que llegan siempre a sus puertos. El que hizo un bollo todos mis proyectos, dejándolos por fuera de lo importante.

Rompeme, quebreame, déjame sin respuestas, incomodame, exigime, sacúdime las telarañas, arrinconame con la espada y la pedagogía invencible de la ternura, que de la mala ya tuve bastante. Que haya muchas más preguntas para no dar por hecho nada.

Donde reine el caos, que la madrugada nos encuentre desparramados en la cama, con tus patitas en mi espalda.

Allí donde los humanos nos portamos como caníbales y depredadores de bosques y de ríos, que tus mejillas sostengan la justicia y apaguen las máquinas y las sirenas de emergencia.

Que la humanidad no muera, por favor, no ahora.

No te olvides que te buscamos tanto, que las cartas escritas antes se perdieron en los incendios de tiempos que no eran los oportunos hasta que por fin entendimos que era acá con nosotres, en este tiempo, en esta era, ésta, la de redes. Donde tu materialización comenzó con un “me gusta”, un inbox, un pasaje y un hotel donde hablamos de vos en el segundo encuentro.

Dibujo líneas que podrán ser los primeros pasos, las primeras palabras o los berrinches de tu trompa, que ya son parte de mi realidad, esperándote bien despierto.

Por último, si en estas líneas hay consejos, descártalos, no me des bola, ni ahora, ni jamás.

Gestación.

15 semanas.

Cuenta regresiva.

Te espero a fines de abril del 22.

Te amo,

Papá



Video Recitado por el autor



Esta publicación cuenta con apoyo financiero de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (Res.SECyT-UNC N° 74/2021: RESOL-2021-74-E-UNC-SECYT#ACTIP).

